

# REVISTA EUROPEA.

NÚM. 247 17 DE NOVIEMBRE DE 1878. AÑO V.

## EL SOCIALISMO EN ALEMANIA.

Los tiros disparados por Hoedell y Nobiling contra el emperador Guillermo, han resonado con estrépito en el mundo civilizado.

Nadie podía prever atentados tan criminales como insensatos, respecto á un soberano justamente popular, y que es ya, aunque vivo, una figura histórica por los grandes acontecimientos realizados durante su larga existencia.

El resultado de esos actos de barbarie, atribuidos á los socialistas, ha sido provocar en el público un vivo deseo de conocer el estado real del socialismo en Alemania.

### I

Que locos, alucinados ó fanáticos sectarios mediten en la soledad siniestros proyectos y acometan con feroz audacia al objeto de su ódio, nada tiene de extraño ni de nuevo, porque la historia registra á cada paso hechos de igual naturaleza.

Lo raro, en verdad, es ver á una nación, conmovida aun por sus inesperadas y prodigiosas victorias, orgullosa de su rápida elevación, y que con frecuencia se ha creído llamada á dirigir los destinos de la humanidad, reconocer con estupor que alimenta en su seno una asociación terrible, insensible á las recientes glorias, negándose á participar de las alegrías nacionales, predicando la guerra y la destrucción de cuanto existe y cuyo poder, siempre en aumento, amenaza comprometer la obra del príncipe de Bismark.

El socialismo en Alemania no data de ayer. Desde Lassalle puede decirse que tiene raíces bastante profundas en el país. Nunca, sin embargo, había inspirado temores verdaderamente generales.

Al principio del año último alcanzaron la victoria en algunos círculos nuevos los candidatos socialistas, y se vió que el socialismo había ganado prosélitos en proporciones alarmantes. ¿Cuáles eran las causas de aquél persistente progreso?

En dos ó tres diarios y revistas se han expuesto las principales por publicistas competentes.

Al reasumirlas nosotros, indicaremos otras no ménos verdaderas y directas, aunque ménos conocidas.

Sabido es que despues de la última guerra Alemania exageró considerablemente las consecuencias de sus triunfos militares: la supremacía de sus armas y de su política, la cándida pretension de ser una raza superior por la inteligencia, la ciencia y la moral, no le satisfacian; debia ser también la más rica, industrial, comercial y artística de las naciones. El maná que el dios Krupp hacia llover bajo el nombre de miles de millones, hizo volver la cabeza á los más calmosos. De Norte á Sur, como de Este á Oeste, se acometieron las empresas más increíbles y más temerarias, con una confianza, una audacia y una ligereza inconcebibles, tratándose de un pueblo que se precia de tener tanta razón y sangre fría. Los hábiles—y eran muchos segun parece—se aprovecharon de aquel estado psicológico, y en algunos años despojaron á nobles y propietarios, enriqueciéndose, como compensación, á expensas de sus víctimas.

Mientras duraron las ilusiones, mientras ricos, hidalgos y campesinos vendian sus bienes para llevar el dinero á la caja de las sociedades que brotaban de la tierra, el obrero gozó de un bienestar que probablemente no volverá á disfrutar nunca. Por todas partes se construian casas, barrios nuevos, hoteles, fábricas, y se organizaban vastos talleres. Los brazos faltaban para tanto trabajo. Entonces comenzó una especie de fiebre, de delirio sin ejemplo en Europa. Los jornales alcanzaron precios fabulosos. Además, como los iniciadores de tales empresas no entendian nada de los trabajos que encargaban, porque únicamente lo hacian por ofrecer el espectáculo de una gran actividad, pagaban sin regatear, prometiéndose á sí mismos no perder nada en ello.

Pero qué eran 15, 20 y aun 25 francos para un trabajador obligado á estar cabando, albañileando ó serrando, desde por la mañana hasta la noche?

Verdaderamente la posición de aquellos desgraciados era intolerable: había absoluta necesidad de disminuir el número de horas de trabajo. Y en cuanto se propuso, se aceptó.

En aquellos felices tiempos hemos visto á carpinteros y albañiles volverse á sus talleres en coche, y en coche ir á almorzar y á comer. De noche se bebía entre ellos vino de Champagne, se fumaban buenos cigarros, se jugaba á las cartas y se celebraba cantando la grandeza y la prosperidad de Alemania.

Toda aquella dicha imprevista se atribuía á las grandes cualidades intelectuales de la raza alemana, y en el fondo de las botellas de un vino adulterado se vislumbraba un dorado porvenir, como los sueños de la adolescencia.

Un juez nos ha asegurado que vacilaba en citar para declaraciones ante el tribunal, á los obreros, por las exorbitantes indemnizaciones que exigían por "pérdida de tiempo."

El lujo se introdujo naturalmente en todas las clases. ¡Pero qué lujo! Hubo momentos en que las criadas iban mejor puestas, con más riqueza vestidas que sus amas. Las exigencias de estas no tenían ya límites.

La primavera en el Norte es hermosa, pero de escasa duración; el invierno, en cambio, es largo y rudo, y en él tuvieron tiempo de marchitarse todas aquellas ilusiones.

En Alemania se designa dicha época con el nombre de *período de los explotadores*.

Cuando llegó el invierno, es decir, cuando se despertó del sueño, no se vieron más que ruinas sobre ruinas, fábricas sin concluir, casas mal edificadas, pero caras, etc. etc., La realidad fué terrible para la clase acomodada y rica que había consumido sus más preciados capitales; los miles de millones habían desertado del país, y Alemania empezó á reflexionar sobre la vanidad y la nada de las grandezas humanas.

Cerrados los talleres, no tuvieron ya trabajo los obreros. Pero les quedaban malos hábitos y costosas necesidades. Cuando tuvieron que renunciar al vino de Champagne y al coche, gritaron que habían sido engañados, que el militarismo los aniquilaba; y entonces en batallones formados corrieron á engrosar las huestes de los socialistas. Estos los acogieron con los brazos abiertos. Y como después no ha habido más guerra ni tampoco más indemnizaciones, destier-

rados los obreros del paraíso terrestre alemán, marchan unidos bajo la bandera socialista.

Tales son las razones generales, no de la existencia del socialismo en Alemania, sino de sus progresos. Pero otras causas deben también mencionarse: son de un orden económico, político, y sobre todo particular al carácter alemán.

Desde 1866, Prusia ha impuesto leyes mejores y más equitativas á los países que se ha anexionado, lo cual es un beneficio. El reverso de la medalla ha sido introducir una profunda perturbación en el mundo de los negocios.

Al decretar la facultad en todo individuo de establecerse libremente en cualquier punto del imperio, ha obrado sabiamente el Reichstag; los malos efectos de esta disposición serán pasajeros mientras que los buenos resultados se manifestarán después y serán estables.

Desgraciadamente esas leyes liberales, dictadas precisamente en una época en que había desaparecido toda idea de prohibición industrial y comercial, no han servido apenas más que á los intereses de los aventureros, tanto de la alta esfera como de la baja.

La espantosa crisis que sucedió al período de los explotadores, agravó todavía aquel enojoso estado. La poca reputación de que gozaba la industria alemana, se desvaneció por completo.

Si á semejante cuadro se añade las enormes sumas que consume el ejército, los impuestos de toda clase que los contribuyentes deben pagar al Estado y á los municipios, los miles empleados en dotar á los generales, en perfeccionar los armamentos y aumentar la escuadra, sin distraer la más pequeña cantidad en favor de la industria y del comercio, se comprenderá cuán profundo ha debido ser el descontento en ciertas clases de la población.

Hay más todavía: en la época en que se nada ó se creía nadar en oro, los artículos de consumo y de primera necesidad doblaron, triplicaron y hasta cuadruplicaron de valor. En muchos puntos resulta más cara la vida en Alemania que en París.

Por desgracia, la transformación del sistema monetario favoreció aquella tendencia al encarecimiento; porque en lugar de darse al marco el valor de un franco, se le fijó en 1 franco y 25 céntimos.

La falta de trabajo, la introducción del lujo, los hábitos de pereza y bienestar exajerado, el

aumento de precio de los víveres, los impuestos destructores; un ejército admirable pero que arruina al país; una libertad excesiva concedida sin transición á los pequeños y grandes banqueros, fabricantes, industriales, etc.; una moneda indudablemente superior á las diversas monedas que debia reemplazar, pero que sin tener el peso normal pierde de su valor nominal en las transacciones; una probidad, en fin, generalmente dudosa en el comercio. He aquí los cargos dirigidos por los descontentos al nuevo imperio alemán, y que sirven para explicarnos el progreso del socialismo.

Ninguna de estas razones, sin embargo, nos hace comprender que profesores y sabios pongan su talento al servicio de la causa socialista.

Preciso es, pues, que busquemos la explicación en otra parte.

Para darse cuenta de este fenómeno es necesario conocer al alemán, lo cual no es muy fácil. Hoy es libre, goza de sus derechos políticos, y, sin embargo, no es "ciudadano."

Los alemanes rara vez discuten su política en el café ó de sobremesa; su mayor sorpresa cuando llegan á Francia, es ver al último de los obreros, lo mismo que al primero de los prohombres, interesarse por las cosas del Estado. Verdad es que ellos consideran su libertad y sus derechos como ficciones, en el sentido de que los hombres de estado que los gobiernan no se inclinarían ante las manifestaciones de su voluntad. Por lo demás, las luchas diarias, la aplicación de ciertos principios no les interesan sino medianamente; y como no creen en la eficacia de sus derechos políticos, prefieren atenerse á sus conductores naturales. Este era el pueblo que convenia á M. Bismarck y que hubiera convenido á los emprendedores del 16 de Mayo. No acusamos por lo tanto á los alemanes; recordemos que durante siglos han sido conducidos como un rebaño de corderos, que jamás han sido consultados sobre ningun caso de interés público, que han estado divididos, humillados, hasta vendidos al extranjero; que la vida pública era cosa desconocida para aquellos tranquilos habitantes que gobernaban tiránica ó paternalmente reyes, príncipes ó duques. Recordemos cuántas experiencias, revoluciones y desdichas hemos tenido que sufrir antes de creernos libres y sobre todo de hacernos dignos de serlo.

Si el alemán no aprecia todavía sus derechos

cívicos como nosotros, tiene en cambio la pasión de la libertad intelectual. Esta data de hace mucho tiempo, y la reforma de Lutero es para el alemán una conquista más preciosa que la de las libertades políticas. Hé aquí por qué muchos espíritus se han preocupado del socialismo, no como fórmula posible de gobierno, sino como cuestión de filosofía especulativa.

La monarquía, á decir verdad, no es otra cosa que el socialismo favoreciendo á ciertas clases; pasar de la monarquía de la Edad Media á una monarquía que extiende sus beneficios á mayor número de individuos, es un tema admirable para los eruditos del otro lado del Rhin. Esta nueva forma monárquica les convendría más que una república en la que la lucha y la vigilancia constantes con condiciones indispensables.

Una vez puesta en movimiento la máquina, no exigiria grandes cuidados; y los ánimos, desembarazados de las preocupaciones de la política, podrian abismarse á su sabor en los estudios y las investigaciones, en los sistemas metafísicos, filológicos, históricos, etc., que es lo que constituye todavía el fondo del carácter alemán.

Los socialistas especulativos no reclaman la realización de sus teorías. Ninguno ignora que un sábio alemán habita dos mansiones: una en la que admite todas las virtudes, todos los progresos, todas las innovaciones, en la que discute, juzga, acoge y rechaza con pasión los principios, los sistemas, las religiones, los métodos, toda clase de teorías,—que es su morada intelectual; y la otra, en la que cuida de no practicar nunca las máximas que reconoce como verdaderas, en la que soporta pacientemente los caprichos de los grandes, de los ministros, en la que se inclina ante cada cuerpo constituido, en la que profesa el culto de la fuerza, en la que siempre, en fin, está dispuesto á servir á los maestros cuyas ridículas é injustas pretensiones ha establecido en sus libros,—que es su morada social y terrestre.

Un sábio alemán niega al Creador, se burla de todas las creencias, enseña el materialismo más absoluto; pero va á la Iglesia, hace bautizar á sus hijos y se asombra desmesuradamente de que los franceses provoquen el "escándalo" haciéndose enterrar civilmente, en el deseo de morir conforme á sus opiniones.

Como individuos, esos socialistas no son peligrosos; pero su influencia es ciertamente muy

funesta. Su ciencia brutal, analítica, positivista, de la que excluyen con menosprecio todo sentimiento, toda moral, produce y debe producir deplorables resultados. Cuando sus desoladoras teorías brillan como nuevas verdades en la masa de los trabajadores, agriados por la miseria, no son ellos capaces de calmar los odios de aquellos desgraciados, ni de enseñarles las grandes virtudes que descansan en el deber y la justicia.

En cuanto al partido socialista «cristiano», tiene alguna analogía con los círculos de obreros dirigidos por Mun y consortes: los jefes de esas increíbles asociaciones esparcen también muchas malas semillas, esperando que se convertirán un día en ricas mieses para ellos; pero allí, como entre nosotros, este partido cuenta con pocos adeptos, y la voz de los promovedores de la obra, no inspirando confianza en las masas, se pierde en el desierto.

LEVEIGY.

(Concluirá.)

## MAHON.

### I.

Me hallo en la gruta del palacio que forma parte de la estupenda fábrica de San Lorenzo del Escorial.

¡Qué de imágenes no se representa la fantasía en mi derredor á cual más siniestras y fatídicas!

Aquí, la memoria, á cada paso, de aquel severo monarca tan apasionadamente juzgado, y el insondable abismo de dolores abiértole con la tragedia misteriosa del Príncipe, cuyo sombrío carácter y fin prematuro habrían de dar pábulo á tanta conseja y á tan calumniosos conceptos como explotára la política más tarde. Aquí la negra intriga urdida por las ambiciones más bastardas para distraer de otro, heredero también de la corona, el amor de un pueblo generoso que se lo dedicaba todo entero. ¡Qué de manifestaciones, aquí, por fin, de valimientos inmerecidos; qué de artes tenebrosas para obtenerlos; qué de groseras humillaciones para conservarlos; qué de envidias, qué de odios los más tenaces y rencorosos!

Y, sin embargo, todas esas memorias melancólicas y pavorosas parecían haberse borrado en la de los más meticolosos con el fausto acontecimiento del año último, cuyo desenlace, repugnado en un principio por algunos, apareció luego admirable, como el más natural y sábio que pudiera imaginar su augusto iniciador.

Todavía creo ¡ay de mí! escuchar la voz suya anunciando la nueva feliz de haber vencido los obstáculos que se oponían á la que consideraba, y con razón, la propia felicidad y la de sus pueblos. Y eso cuando, ausentes del sitio los que pretendían hacerse tener por consejeros los más hábiles ó preferidos, no cabía duda en que aquella solución era debida á la sola y enérgica iniciativa del que tanto tiempo antes venía acariciando su proyecto.

¡Qué porvenir tan grato no auguraba; qué esperanzas tan halagüeñas no infundía la elección acertada y feliz de un monarca que, apartándose de las rutinas impuestas por la razón de Estado, entrega su corazón y su mano á la que á un amor, antiguo en sus pocos años, une los timbres de la cuna y los dones de la hermosura, de la educación y del talento!

Porque esas eran, con otras más, todas sobresalientes, las cualidades, heredadas ó adquiridas, que caracterizaban á la reina María de las Mercedes; y de su enlace con nuestro augusto soberano, no otra cosa debía esperarse que la felicidad mayor, sin una nube siquiera que la turbase en luengos y dichosos años.

El Escorial había, pues, perdido su fisonomía peculiar tétrica; el palacio brillaba, más que de las mil luces que se encendían en sus espléndidos salones, con la alegría que en ellos reinaba y parecía rebosar por encima de las gigantescas torres que lo coronan. Los saraos improvisados desmentían la triste fama del ingente edificio; y las giras campestres y las cabalgatas amenazaban transformar en amenos valles y en florestas umbrías los peñascos y áridos contornos, por tales y desiertos, elegidos para asiento de aquella masa de piedra, más que ellos, imponente de grandiosidad y veneración.

¡Cómo olvidar la peregrina fiesta del 16 de Setiembre, en la, por lo exhausta, mal llamada *fiesta de los estudiantes*? Reyes y princesas, sentándose en desorden por el suelo, y formando un cuadro, cuya composición no desdeñaría el gusto más exigente, llena, como de belleza artísti-

ca, de la más elocuente filosofía. Porque si lo interesante de las figuras y abigarrado de sus trajes; aquella colocación, al parecer casual, pero estudiada y hábilmente dirigida por la pasión; y el embeleso de los circunstantes, dibujado en todos los rostros, eran para inspirar al génio más frío y concentrado, éralo también para sumir en las más serias meditaciones la obra, de refundición pudiéramos decir, que allí se podía observar, de olvido y de concordia nueva, de una paz general y sincera. Es imposible describir aquel cuadro, pero lo es más aún el manifestar el efecto que producía, pintado en todos los semblantes, cual reflejo vivo del sentimiento que embargaba los corazones, colmándolos de satisfacción y de alegría.

¿Y las expediciones después de todo género en San Ildefonso?

Ayer una cacería que, aun seguida de rúbrica tempestad de lluvia y truenos, recibía con esta nuevo aliciente para aumentar, si era posible, la animación y algazara anteriores, con los mil graciosos episodios, consecuencia precisa de un accidente, en otras condiciones, funesto y perturbador. Hoy, una excursión á la monumental Segovia, con sus multiplicadas visitas, con la procesión bulliciosa, en tales casos de rúbrica, de la mitad del vecindario tras de los coches reales, con su Salve imprescindible á la Virgen de la Fuencisla.

Nunca se borrará de la memoria mía la impresión que experimenté al entrar en aquel colegio, de donde había salido alférez, sin ambición ni pretensiones, y al que volvía de general, al lado del rey y como su ayudante de campo. Aun no siendo el mismo, pues el en que yo estudié era aquel alcázar admirable que el fuego ha consumido, asombro de las generaciones presentes y orgullo, uno de los más legítimos, de las pasadas, la emoción, al visitarlo, no pudo ser más viva ni más eficaz tampoco. Y eso que habían pasado 38 años desde el de mi partida de Segovia; que me presentaba casi anciano, demudado el rostro y distinto también el color de los cabellos, entristecido y laso por las decepciones sufridas; que me veía desconocido de la mayor parte de los que nos recibieron, mucho más jóvenes y frecuentando el mundo de que yo puede decirse que me ausentaba ya; pero aun así, los dormitorios y las clases de los alumnos que recorría, y los exámenes que presenciaba,

trayéndome á la memoria la de mis primeros años, á tal punto me impresionaron con su espectáculo, que hube de recurrir á un supremo esfuerzo del espíritu para no poner de manifiesto á todos la honda emoción que de mí se había apoderado.

Las fiestas, además, que se celebraban en la *Granja* como inspiradas por la alegría de los mejores años y la satisfacción de los más vehementes y puros deseos, daban á la corte, contra su manera de ser ordinaria, contra su carácter mismo peculiar, un aire de existencia verdaderamente campestre y hasta pastoril. Aquellas sombrías florestas del pensil ameno de palacio, con las tan celebradas fuentes repitiendo en sus saltos y cascadas el canto de amor de las innumerablesavecillas que se balancean en los árboles y arbustos que en sus aguas se retratan; el espeso bosque de pinos y las rocas puntiagudas encumbrándose al cielo; el límpido y fresco Balsain despeñado por los laberintos de Guadarrama; todo, todo convidaba á considerar allí la vida como un perfecto é inacabable idilio.

¿Y, sin embargo, veo el panteón de San Lorenzo cómo se abre, para hundir en su lóbrego seno alegrías tan puras, aspiraciones y esperanzas tan legítimas y fundadas!

¿Qué cambiado está y cuán diferente aspecto presenta el sitio este año! Reina en él, como en los antiguos tiempos, el silencio de la muerte, no llegando á interrumpirlo los cobardes pasos de los pocos, poquísimos, que forman la corte en sus vastos corredores. Honras fúnebres que apenas se hacen oír en las inmensas naves y bóvedas del templo que la triste salmodia agiganta más y más, han sustituido á las misas militares del otoño anterior, alardes bélico-religiosos celebrados espada en mano y con el estruendo de las músicas más aturdidoras y brillantes. A los festines y á los saraos han sucedido las oraciones y el recogimiento. El Escorial ha vuelto á ser lo que está visto que no puede dejar de ser, el Monasterio de San Lorenzo, con toda su triste y emblemática significación.

Y por más que apelo á la idea, á todos accesible, de la inestabilidad de las cosas humanas, y remonto mis imágenes á la, por lo cristiana, más filosófica aún de la conformidad con los decretos de la suprema sabiduría, infalible como anterior que es á todo lo creado, no llego sin embargo, á resignarme, sin cierta aunque in-

útil resistencia, á ver anularse así destinos que la mente y el deseo auguraban como tan felices y estables.

Habia presenciado las régias bodas en la basílica de Atocha. No terminadas aun las fiestas con que se solemnizaron; vivas las alegrías que produjeron; escuchándose los plácemes que á los felices cónyuges dirigia el pueblo, el verdadero pueblo español, incansable en su lealtad histórica; infiltrándose con corriente cada día más arrebatada en todos la idea de la conveniencia de enlace tan propio para la prosperidad general; ya asomó envidiosa su horripilante cabeza la desgracia que hace tantos años persigue á la desventurada España. Como el trueno en día sereno y apacible, la sorprendia la nueva, increíble al principio pero fatalmente cierta, del riesgo que amenazaba la vida preciosa de la que ya era gala y orgullo de la monarquía, la prenda más segura de paz en los tristes y turbulentos días de la patria. Y antes de salir del primer estupor; antes de poder medir el abismo á que iban los objetos más caros á asomarse, me miraba al pié de un lecho funeral, con los ojos preñados de lágrimas y el corazón hecho pedazos.

Príncipes de la Iglesia confortando con sus pláticas un espíritu que pugnaba por remontarse al cielo; esposo, padres, hermanos, cuanto amaba aquel ángel postrado en la agonía más santa, deshechos, unos en llanto, y los otros con la fortaleza de los grandes deberes, de los altos é ineludibles destinos; los más próximos servidores á los piés, y los dignatarios del Estado y los representantes de cuantos poderes comparten con el trono la gloria de la nación; todo eso, iluminado por una luz que las colgaduras hacian crepuscular, aún siendo mediodía, y por las que ayudaban á la lectura del rezo; todo eso, repito, ofrecia un espectáculo que no borrarán de la memoria los años, por muchos que pasaren, ni los golpes tampoco de la fortuna, por rudos y contundentes que sean.

¡Hé aquí por qué el Escorial ha vuelto á ser el Escorial de ántes, el Escorial de siempre!

## II

Visitaba yo ayer de mañana la *Casita de abajo*, ese estuche preciosísimo de alhajas que, como la del *Príncipe* en El Pardo y la del *Labrador*

en Aranjuez, está para siempre revelando el amor á la familia que distinguía al honrado y excelente rey Carlos III.

Iba ya á poner término á mi visita, cuando al fin del *Pasillo* superior, me sorprendieron los frescos con que Maella lo adornára representando el desembarco de los españoles en Menorca y el sitio y toma del castillo de San Felipe de Mahon.

Y no es que me fueran desconocidos, pues que cien veces me habia parado ante ellos al recorrer y estudiar el elegante *casino* de Carlos IV: no; es que precisamente llevaba en la mano y haciendo las funciones de abanico, un periódico del día anterior que contenia el convenio anglo-turco para la ocupacion y administracion de la isla de Chipre por las tropas y el gobierno de la Gran Bretaña.

Lo que no me habia sucedido en repetidas ocasiones á la vista de aquellos lindos cuadros de una de nuestras glorias nacionales, me pasó en esta última; que en vez de la satisfaccion y del entusiasmo de antes, sentí un estremecimiento raro, como el de una sacudida eléctrica; que el abundante sudor que inundaba mi frente se tornó frio, casi glacial, y que se puso á temblar en mis manos aquel papel que nada decia, sin embargo, ni del *casino* del Príncipe ni de Mahon.

¡Cosa más extraña!

Y, con todo, lanzado por el calor y la emocion de allí, gané la cuesta que separa aquella fábrica de la del Monasterio sin poderme dar cuenta de aquel extraño accidente; y, presa todavía de él ó agobiado por el cansancio, caí en mi lecho y luego en letargo dilatado y hondo.

Y soñé.

Era el día de Santa Bárbara de mil ochocientos y... tantos. Habia yo desembarcado en Mahon, el puerto, dicen, que con Junio, Julio y Agosto, se lleva la primacia entre los mejores del Mediterráneo. Cansado ya de dar vueltas por la poblacion y oido el famoso órgano de su iglesia principal, monté á caballo y me eché á recorrer el campo, no muy ameno, por cierto, de sus inmediaciones.

Y sin sentirlo, cual suele decirse, me fui alejando de la ciudad hasta encontrarme al fin de la tarde muy lejos y al pié de una montaña, la más alta, sin disputa, de la isla.

Comenzó pronto á anochecer; la soledad se

hizo á la par completa, y sólo interrumpía el silencio que en mi derredor reinaba la brisa vespertina, agitando suavemente las delgadas y secas ramas de algunos sauces vecinos. La vista dejó luego de distinguir los objetos, y el hacia poco rojo horizonte, oscureciéndose por momentos, si consentía descubrir las grandes aglomeraciones de rocas que me rodeaban, era por su interposicion con él, no porque las iluminara todavía.

¿Qué hacer?

Lo prudente era retroceder sin vacilacion alguna ni demora; pero no era tan fácil el hacerlo y tan llano como parece. El país está casi desierto; la tarde tocaba á su fin, el caballo debía estar cansado y mi humorada de recorrer la campiña iba á proporcionarme una noche algo más que toledana.

—Meditemos,—me dije, y, echando pié á tierra, me senté en una peña.

Ya llevaba una media hora de reposo y me disponia á montar de nuevo, resuelto á, atropellando por todo, volverme á Mahon, cuando me pareció distinguir en lo alto de la montaña una luz ténue y vaga como la que durante la noche se observa en la cúspide del Vesubio, coronada de una ligera nube de vapor, blanquecina y como fosforescente. No era volcan, puesto que no lo hay en la isla, y me habian revelado su ausencia el pórfido y las serpentinas que observé á flor de tierra aquella tarde.

¿Un incendio quizá?

¿Qué seria?

La luz principió á moverse y á ofrecer eclipses, como si para descender á la llanura bajara dando vueltas á la montaña ó en un zig-zag de largas y tortuosas líneas. Mas su rapidez era extraordinaria, vertiginosa, aumentando de volumen y de intensidad por instantes, segun se precipitaba de lo alto al pié de las rocas, donde yo estupefacto y ya tan cerca me encontraba. Parecíame el incendio que avanza contra el infeliz que solo y sin esperanza de socorro no descubre ni reparo á qué acojerse ni salida por donde huir y salvarse.

Y de entre aquella hoguera chispeante cuyo mismo fulgor impedia observar el objeto en que se produjera y, ménos aún, su especie ó forma, arrancaban unos como bramidos horrisonos de fiera, capaces de infundir miedo en el corazon de más elevado temple.

Podia decirse con el poeta:

*«E non mi si partia dinanzi al volto;  
«Anz i'impediva tanto» l mio cammino,  
«Ch'í fui, per ritornar, piu volte vólto.»*

Pero, nada; mis piernas se resistian á montar y á correr; como clavado en tierra, me quedé mudo y estático ante aquel enigma moviente.

Ya se aproxima á mí, y creo ver un mónstruo enorme, un toro, al parecer, de cuya boca y ollares salen chorros de fuego que deben iluminarme por completo. El caballo empieza por bufar, de espanto tambien, y encabritándose y reculando hasta desprenderse de mis manos que le tenian de la brida, huye á escape por aquellos campos de Dios. Continúa la fiera la que habia inmediatamente comenzado y pudiera yo llamar su revista de inspeccion sobre mi persona, maniobra tanto más fácil, cuanto que yo estaba como un mármol sin pestañear, sin prorrumpir siquiera en un solo grito; me mira detenidamente y, como si allá en sus adentros hubiera alma á lo humano capaz de observacion y discernimiento, me olfatea, por fin, y de pies á cabeza, recelosa, puede ser, de alguna equivocacion trascendental para su existencia ó sus destinos.

Y yo, ahogándome de angustia, pero firme é inmoble, petrificado, sin que me acudiera ningun Virgilio ni Mentor alguno que me sacase de aquel atolladero.

Más, ¡oh portento! El fuego, que en verdad no quemaba, principia á amortiguarse; la luz antes cegadora se hace débil y trasparente, apenas si tiene fuerza para iluminar en un rádio de tres ó cuatro varas; y á su traves y respuesto en parte de la primera impresion, llego á distinguir que el mónstruo es efectivamente un toro que al cabo de unos instantes concluye por mirarme como con benevolencia y hasta por lamerme las manos con la mayor mansedumbre. ¿Qué digo? Se vuelve de un lado á otro y lanzándome miradas cada vez más expresivas, como que me anima á seguirle por uno que se presenta á mi frente, áspero camino, trillado, al parecer, en otro tiempo, el mismo sin duda, por donde acababa el mónstruo de bajar de la montaña.

Y como quien nada tiene que hacer ni obligacion alguna á que acudir, me fui tras él. ¿Era miedo aquello, fascinacion ó encantamiento? No sé decirlo; pero quisiera yo ver en mi lugar al más pintado.

La ascension fué lenta: se conoce que la fiera comprendia el estado en que yo iba y el cansancio que el camino, y sobre todo las emociones recientes, debian producirme. Se detenia á veces, en los pasos escabrosos principalmente, y volviendo la cabeza con frecuencia, me miraba como para alentarme en el propósito de seguirla. Despues tornaba á su tarea de iluminar la via con la luz milagrosa que su boca y sus ollares despedian.

Rocas asperisimas y en sus quiebras é intersticios un olivo ó un almendro raquíticos, era cuanto íbamos encontrando á los lados del camino, á cada paso más trabajoso é incómodo. Lo avanzado ya de la noche, lo alto del monte y la baja temperatura, natural en tal día del año, tenian que producir su efecto; y el que yo sentia era casi polar. Lo extraordinario, sin embargo, del caso, de tal modo me embargaba el ánimo y lo sostenia, á pesar del miedo la emocion y el frio, que daba por pasado el primero, por grata la segunda, y miedo, emocion y frio por despreciables comparados con lo arrebatador de la aventura.

Y llegamos á la cumbre.

Era todavía de noche y ni un rayo de luz asomaba por el horizonte, lo cual no era, en verdad, extraño, siendo la aurora tan perezosa en Diciembre.

La claridad fenomenal que me iluminaba en el camino me mostró, con todo, ruinas gigantes de acrópolis, templo ó cosa parecida que el tiempo ó la mano del hombre hubiesen arrojado en montones por el suelo. Aquí un paredon enorme parecia querernos cerrar el paso; más allá una sima, pozo ó subterráneo, medio lleno su fondo de piedras ó matorrales, nos detenia hasta encontrar por dónde salvarla; y por varias partes los escombros impidiéndonos la circulacion, por ocupar los tránsitos y obstruir las puertas, formaban con los murallones y los fosos un laberinto inextricable. La multitud, además, de aves nocturnas que nuestros pasos despertaron, y la de reptiles y toda clase de alimañas que veia saltar ó deslizarse entre las ruinas, revoloteando las unas, amontonándose como fascinados los otros, en derredor de la luz, y todos produciendo los más extraños ruidos, aumentaba, si aun era posible, la singularidad y el horror de aquella escena. Siendo sá-

bado me hubiera creido en lo alto de Zugarramurdi ó el Valpúrgis.

El toro, como si á todo aquello se encontrara acostumbrado, á recorrer las ruinas y á la presencia y á los graznidos de los vampiros, lagartos y demás animalejos que le circuian y acosaban, iba de un lado á otro sin cuidarse de ellos y con la sola preocupacion, al parecer, de guiarme con su luz y de animarme con sus movimientos, ya que no me atreva á llamarlos ademanes, que tales parecian.

¿Qué buscará este animal? me decia yo recobrado completamente de mis temores y con la curiosidad y los deseos que habia por fuerza de despertar suceso tan maravilloso. Los de las *Mil y una noches* eran cuentos de niños, comparados con el de que aparecia yo protagonista en aquellos momentos; Goethe y Hoffman transmitian impresiones de su fantasía, propias para distraer, no como aquella, que yo experimentaba, real y aterradora; y sólo en la memoria de las visiones bíblicas podria hallarse la de una semejante á aquel toro un instante hacia tremebundo, humanizándose, puede decirse, con algun objeto que no dudaba ya deberia ser providencial.

Y seguimos adelante.

La fiera se detuvo por fin, despues de lanzarme una mirada altamente significativa del orgullo que á ambos debia inspirar el servicio que, á lo visto, íbamos á prestar en aquel instante solemne, á no dudarlo, y decisivo. El continente que adoptó; su mirar fijo y como de resolucion premeditada; un aire de vanidad sublime; todo su aspecto, revelaban una mision sublime, tanto más importante, cuanto que iba á declararse por instrumento, como aquel, extraordinario é inesperado. Púsose luego á remover los inmensos bloques de cantería que llenaban una depresion, indudablemente artificial, del suelo. No tardó, así, en dejar á descubierto una losa con su argollon de hierro en el centro, que convidaba á levantarla; losa que á una mirada del mónstruo fué alzada por mí, dejando ver una cavidad y en su seno una caja de bronce, depósito, al parecer, de algun tesoro.

Mas para que no se interrumpiese la série de misterios de tan azarosa noche, al suspender la caja en mis manos y al tornar los ojos hácia mi portentoso camarada, á mi admirable guía, éste habia desaparecido, y cuanto pude observar en

mi derredor fué ya á beneficio de la luz crepuscular de la mañana.

Estaba en lo alto de una montaña coronada, cual antes habia podido inferir, de la fábrica ingente de un monasterio casi completamente arruinado. Me lo decian con harta elocuencia las torres con sus capiteles á medio desgajarse, y naves del templo en su mayor parte desplomadas; ruinas venerandas de donde en otro tiempo se habrian alzado preces al Altísimo en demanda de favor para la comarca que desde ellas se atalayaba.

Se descubria la isla con el mar por horizonte en su casi total circuito; el cielo, azul oscuro todavía, por fondo, y algun pueblo, aldea ó caserío con sus campos y huerta por alfombra. Hacia el Oriente, por donde comenzaba á elevarse el sol, se mostraba Mahon, orgullosa de su puerto y alardeando, ella toda nueva y espléndida, con las ruinas gloriosas de sus fuertes de San Felipe, San Carlos y Malborough, por un lado, y las líneas, ya perceptibles, de las futuras casamatas de la Mola, por otro, de su poderoso influjo en los destinos de aquel gran piélagos, vehículo de las antiguas civilizaciones. Por el opuesto rumbo, el de Occidente, se veía, aunque léjos tambien, la antigua capital de la isla, con sus viejos é inútiles muros, su bahía desierta y dando muestra muy escasa de su anterior importancia, despreciada por su cosmopolita rival.

Al Norte, y casi al pie de la montaña, el puerto de Fornells se hacia ver por lo dilatado tambien y lo anchuroso, inmejorable sin los bajos que lo entorpecen y hacen difícil é incómodo su aprovechamiento. En sola una direccion, en la del S. E., se veía interrumpido de cerca el horizonte con la tierra fraternal de Mallorca, abriendo sus brazos á la hermana menor para ofrecerla el amparo de su extenso y abrigado seno de Alcudia. Y rocas, por todas partes, desnudas, y barrancadas con escasa y pobre vegetacion, y los pueblos en corto número y con muy poca tambien en sus contornos; formando el todo un suelo árido, frio, casi miserable. La hermosura, la riqueza, los atractivos que cada país tiene segun su vária naturaleza, están para Menorca en aquel puerto incomparable y en la posicion estratégica que la han

hecho envidiar de todas las naciones y han causado sus desgracias y sus glorias.

Todo eso veia yo y observaba desde el monte que llamaré *del Toro* para recuerdo de mi aventura de aquella noche, con la caja misteriosa fuertemente sujeta entre mis manos y el deseo, á cada momento más punzante, de abrirla y examinarla.

Pero, ¿iba á hacerlo allí? ¿Es que no debia pensar en mi regreso á Mahon? ¿No necesitaba descansar, abrigarme y comer despues de tantas horas y de fatigas y emociones tan rudas?

La idea de tener en mis manos misterio tan singular, cuyo descubrimiento no dependia ya más que de mí, y el rubor, si no lo acometia, de mi negligencia, me estimulaban á no dejarlo para más tarde, temeroso tambien de que, dilatándolo, se desvaneciera el encanto.

Me senté, pues, en el fuste de una columna tumbada; y, colocando la caja en el capitel, me preparé á abrirla. E iba, dada la segunda vuelta á la llave, que hasta con llave, y de oro, me fué ofrecida por aquel mónstruo metamorfoseado en genio benéfico, iba, repito, á levantar la tapa, cuando una detonacion que me hizo saltar por los aires, me sacó de sueño tan extraordinario para encontrarme sudando á mares y casi sin aliento en mi lecho del Escorial.

### III

Pues no vaya el lector benévolo á creer que yo, al ser tan bruscamente despertado por mi asistente, soltára la caja tan misteriosamente recogida en el monte del Toro de Menorca, porque se engañaría muy mucho. A pesar del ruido de la puerta y su enorme picaporte, la seguia apretando entre mis brazos, como en mi acalorada fantasía la sujetaba ántes al pecho, produciéndome con su peso el anhélito y el sudor de que no conseguí en largo rato verme libre.

La historia de esto es muy sencilla, y, lo que es más, completamente veraz y exacta.

Con el número del periódico á que me he referido en el capítulo anterior; esto es, en el mismo tren que lo trajo al sitio, llegó una caja con varios legajos de papeles que me remitia el teniente general D. Fernando Cotoner, marqués de La Cénia. Todos ellos se refieren á la historia de la menor de las Baleares, y forman

una colección completa de cuantos documentos de importancia se sabe existen sobre ella desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Inspirándose en la idea del peligro que pudiera correr la isla de Menorca en una conflagración europea, en las circunstancias actuales no distante quizá, é impulsado por un patriotismo que en él pudiéramos llamar doble como español y balear, me enviaba el general esos papeles y, con ellos, planos curiosísimos, muy propios para su mayor ilustración, por si pudieran servir para continuar la serie de escritos que há tiempo publiqué con el título de *Nieblas de la historia patria*. ¡Hallazgo para mí precioso, más que en otros, en los momentos presentes que, dígame cuanto quiera en contrario, son más graves de lo que el optimismo de algunos españoles quiere suponer!

Cuando nos engolfamos en el exámen de problemas tan complicados y trascendentales como los que cada día se ofrecen al estudio y resolución de la diplomacia europea, nos estremece la idea de los peligros que corre todo Estado que no se mantenga constantemente en armas ó que en las distintas peripecias que á cada momento experimenta este viejo continente haya sufrido el menor revés, el contratiempo más insignificante. Lo diremos de una vez, y contrayéndonos ya al objeto de este escrito: al recibir la noticia de la cesión de la isla de Chipre á los ingleses, nosotros, en el lugar del gobierno, hubiéramos reforzado la guarnición de las Baleares con dos regimientos, lo ménos, de infantería, uno ó dos batallones fuertes de artillería, otros tantos de ingenieros, alguna caballería ligera y material y municiones en abundancia.

La prisa por poner término á una lucha cuyos límites no llegaban á descubrir los más perspicaces desde que se presentaban nuevos actores en su teatro, y la preocupacion en alguna de las partes contratantes de seguir apareciendo en el lleno de la preponderancia recientemente adquirida, han precipitado las negociaciones del tratado de Berlin hasta el punto de prescindirse de la discusión madura y detenida que exigian algunos de sus artículos, dejando como en el aire las decisiones que, en caso, habrían de asegurar y hacer duradera la paz. Se han desestimado quejas muy legítimas; no se ha hecho aprecio de intereses vitales para el honor de alguna nación importante, y mucho nos equivo-

camos si esa imprevisión no es causa de que muy pronto se haga escuchar el estrépito de otra guerra mucho más encarnizada que la última.

Y al pensar así, nos lanzamos, mejor que al campo de las hipótesis, al más elocuente de la historia, en el que, si es verdad que se hallan siempre argumentos para los más encontrados temas, puede recogerse abundante cosecha de experiencia, el mejor guía de las acciones humanas.

Y ya en ese orden de ideas, tenemos que acudir á la memoria de los despojos de que se ha hecho víctima á nuestra España, sin que sus aliados los hayan resistido por afecto ó gratitud, ni sus enemigos hayan temblado ante el engrandecimiento y preponderancia exclusivos de uno tan sólo de entre ellos.

El que ántes recordamos, aunque no sea el único ni el primero, por trascendental y humillante, es el de Gibraltar, de todos los españoles apreciado en sus verdaderas proporciones, por haberse hecho asunto de interés y de dignidad eminentemente nacionales.

El día 4 de Agosto de 1704 caía en poder de un almirante inglés aquella fortaleza, la cual, á pesar de las reclamaciones más justas y de esfuerzos, puede decirse que desesperados, no ha sido aún devuelta á su legítimo dueño, la España.

Dice el marqués de San Felipe: «Fijando en la muralla el estandarte imperial, proclamó al Rey Carlos el príncipe de Armestad. Resistieronlo los ingleses, plantaron el suyo, y aclamaron á la Reina Ana, en cuyo nombre se confirmó la posesion, y se quedó presidio inglés.»

Y con espíritu verdaderamente profético, añade el ilustre historiador: «Esta fué la primera piedra que cayó de la española monarquía, chica, pero no de poca consecuencia.»

La misma suerte hubiera cabido á Ceuta sin la energía del marqués de Gironella, ayudado del obispo admirable que gobernaba la iglesia de aquella plaza, y con recursos defensivos muy superiores á los con que contaba el desventurado D. Diego de Salinas, 80 infantes y 30 caballos, únicos presidiarios, en tales circunstancias, de la antigua Calpe. De caer en manos de los insulares bretones el promontorio africano, sería el Mediterráneo todo lo opuesto á lo que Napoleon soñaba despues hacerlo; sería un lago inglés, á cuya entrada pagarían un tributo ver-

gonzoso el honor y el comercio del resto de Europa.

¿Perdió Inglaterra por eso la esperanza halagüeña de llegar á resultado para ella tan grandioso?

Ni por un momento! Cuatro años despues, en el de 1708, despues de cerca de dos de intrigas ruines, de conspiraciones bastardas y de intenciones en otros ménos culpables castigadas, se hacia tambien con la isla de Menorca, plantando sus orgullosas enseñas, lo mismo que en Gibraltar, en el castillo de San Felipe, llave y baluarte, el más robusto entónces, del puerto de Mahon.

El tratado de Utrecht sancionó aquellos atentados, cometidos en nombre de nuestra misma España, aunque en interés, así mentidamente se proclamaba, de una dinastía que, por un contrasentido político, resultó ser distinta de la vencedora. Y Gibraltar y Menorca quedaron hechas posesiones inglesas, aprobando la Europa tamaño despojo como si nada importara á su equilibrio. Tambien entónces era necesaria la paz y hasta urgente su restablecimiento; y la Francia, si no la única, la más responsable de aquella dilatada lucha, no vaciló, para salir de la precaria situacion en que sus ambiciones y los revéses sufridos la habian colocado, en sacrificar la España, su aliada, en aquel tristemente célebre Congreso.

¿No hiere éste último recuerdo la memoria de los españoles al observar la indiferencia con que esa misma Europa ha recibido el convenio anglo-turco del 4 de Junio, cuando otro Congreso, presidido por el omnipotente príncipe de Bismark, trataba de poner término á las inquietudes y á los celos y desconfianzas que forzosamente habia de producir tanta guerra como se ha sucedido desde la de Crimea?

¿Gibraltar, Malta y Chipre! ¿Qué otra escala podria convenir á la Inglaterra en el Mediterráneo para asegurar el Canal de Suez y los caminos de la India?

Decia en 1852 un oficial de ingenieros, aunque en estilo algo anticuado: «Siempre el puerto de Mahon ha sido la manzana de la discordia, ó el vellocino ápetecido por todos; pero en el dia puede en cierto sentido considerarse como el trono de Neptuno sobre el Mediterráneo. El que se siente en él, teniendo regulares fuerzas navales, dará leyes ó podrá im-

poner condiciones, más ó ménos duras, á los que navegasen ó tengan dominios en una ú otra de sus costas desde Malta á Gibraltar. Si se oye la opinion de los cronistas de Menorca, al criterio de la historia y á la luz de la evidencia puede todavía añadir algun valor el dictámen de un buen español y veterano ingeniero, sólo diré que en seis meses que llevo de discurrir sobre este asunto, cada vez me confirmo más y más en la predicha asercion.»

Pues si dirigimos nuestras observaciones á la rival secular de la Gran Bretaña, hoy por nuevos intereses creados su aliada eventual, la Francia, árbitra, que se ha creído mucho tiempo, de los destinos del Mediterráneo, ¿cómo no prevenirse contra su natural aspiracion á resarcirse de los daños recibidos y á neutralizar el aumento de influencia que acaba de adquirir allí nacion ya tan poderosa?

Su intervencion en los asuntos de Oriente, antes casi decisiva, ha dejado de sentirse cuando más necesaria aparecia; la obra gigantesca de Suez acometida y ejecutada por ella como para burlar la perspicacia y las previsiones de los ingleses, ha pasado cuando más les convenia á poder de éstos; y la permanencia de los mismos en Malta despues del tratado de Amiens, la ocupacion hoy de Chipre y la futura casi indudable de Tenedos, la arrebatan el cetro de aquel mar como sirve para poner un dique á las aspiraciones hereditarias del emperador de Rusia.

¿Cómo, pues, no temer tambien de la Francia que cada dia vé en su camino de la Argelia esa joya inapreciable de Mahon, y que cada dia tambien con mayor fuerza proclama la necesidad de una compensacion á sus pérdidas y á las usurpaciones de los demás?

En cuanto á los medios usados para con España cuando se la ha querido herir en su honor ó en sus intereses, todo el mundo sabe que ninguno de sus ocultos ó manifiestos enemigos ha tenido escrúpulo en usar de los más reprobados. Francia é Inglaterra, sobre todo, han dado pruebas de que el famoso secretario de Florencia se quedaba en mantillas para ellas. Tropiezos puestos todos los dias á nuestro bueno ó mal gobierno; lazos arrojados á su buena fé, cándida por lo regular; intrigas y conspiraciones urdidas para impedirle toda accion enérgica, aun reconociéndole como amigo y hasta aliado; violencias in-

justificadas, ejercidas cobardemente, á mansalva y en plena paz; guerras, por fin, sin motivo ni pretexto siquiera; atropellos sin cuento, olvidos de la fé jurada, cuanto el ódio, la soberbia ó el desprecio pueden inventar de más denigrativo, de más infamatorio, se ha empleado para con España, siempre ciegamente confiada é hidalga siempre hasta el quijotismo.

Mientras á un rey cristianísimo se le ayudaba desinteresadamente hasta enviarle fuerzas considerables que le defendieran y salvaran la ciudad de París de sus enemigos más encarnizados en política y religion, él veía cómo se alistaban y armaban y cómo invadian los Estados españoles esos mismos contrarios suyos, sin oponerles el menor obstáculo ni ménos impedirselo; y mientras confiada en la paz y tratando de aprovechar los beneficios que pudiera reportarla, procuraba España reponerse de sus anteriores desgracias, los buques ingleses la arrebatában los suyos sin prévia declaracion de guerra, y la sumian en nuevas y más tristes miserias.

Otro soberano francés que pretendia pasar por magnánimo, el más poderoso de la tierra en los tiempos modernos, usaba de las artes más viles para, con cara de aliado y de protector, arrancar á nuestro pueblo sus monarcas é independencia; y con igual fingimiento y la misma traza arrasaban los ingleses los reparos alzados por los españoles para defenderse de sus ataques y violencias, les quemaban sus industrias y poblaciones y violentaban y asesinaban sin escrúpulo alguno á los habitantes, sus caros aliados.

Con España se ha echado mano á toda clase de proceder, por inmotivados ó indignos que pareciesen.

De modo que, toda esa desconfianza, todo ese desvío de que se nos acusa á los españoles hácia el extranjero, no son sino muy legítimos y fundados; y no es raro ni fenomenal el que, con tantos ejemplos como pudiéramos aducir desde los de Sagunto y Numancia, proverbiales por su mala fe hasta entre los mismos que los dieron, se hayan hecho características esas cualidades en nuestro pueblo.

El exámen de los documentos que tenemos á la vista sobre la historia de Mahon, nos dará nuevas pruebas de lo que venimos exponiendo, y debe hacer tambien comprender á todos, que no sin causa se alarma la opinion pública en

ocasiones como la presente, de inestabilidad en el equilibrio europeo. En la coleccion del general Cotoner, los hay que pueden ilustrar mucho esa opinion, los hay que deben servir de enseñanza, tambien elocuentísima para nuestra regeneracion militar, y se hallan, además, de los que parecen aviso de la Providencia, digno como todos los de tal origen, de honda y detenida meditacion en el estado actual de nuestro país.

Sirvan de todos modos, y ya que de otra cosa no, para continuar la série de las *Nieblas de la historia patria*, tanto tiempo hace interrumpidas y tan merecidamente olvidadas.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

## EXPEDICION DEL MAESTRE DE CAMPO

BERNARDO DE ALDANA

Á HUNGRÍA EN 1548.

(Continuacion). \*

Después que el Emperador nuestro señor dió fin á la guerra de Alemania con tanta reputacion, prendiendo las principales cabezas del ejército enemigo, que fueron el duque Juan Federico de Saxonia y el Lanzgraf, el serenísimo Rey de Romanos y Hungría, D. Fernando, su hermano que habia hecho tréguas con el Turco, y habia así mesmo pacificado el reino de Bohemia, cuyas alteraciones dependian de las de Alemania, hallábase trabajado porque algunos caballeros principales de Hungría se le habian revelado alzándose con tierras y castillos y rentas del patrimonio Real, haciendo muchos robos y otros daños en los lugares circunvecinos, y como contra ellos hobiese enviado gente de los mismos húngaros y no hobiesen hecho efecto alguno, por cuanto los húngaros, unos contra otros sirven de mala gana ni ménos tienen la plática y modo de combatir castillos, ni tierras fuertes, porque su modo antiguo de pelear es en campaña y bosques, y otros lugares semejantes donde libremente puedan combatir: por esta causa envió á suplicar al Emperador, le enviase alguna

(\*) Véase el núm. 246, pág. 577.

gente española, con la cual pensaba sujetar los dichos tiranos y pacificar su reino. S. M. Cesárea se la concedió, y habiéndole de enviar el tercio de Nápoles, que á la sazón estaba sin maestro de campo por ser muerto Alonso Vives sobre Constancia, que hasta allí lo habia sido, hizo maestro de campo dél á Bernardo de Aldana, que era capitán de arcabuceros á caballo, y le mandó que con toda diligencia fuese á tomar la posesion del dicho tercio, y dando la muestra y recibiendo la paga dél, se embarcase en el Danubio y caminase la vuelta de Viena de Austria, donde el serenísimo Rey de Romanos, su hermano, estaba; y allí llegado hiciese lo que S. M. le mandase y estuviese acerca dél hasta que otra cosa le fuese mandada.

Tomole esta órden en Hala á los 28 de Agosto 1548, á donde por mandado de S. M. habia ido á tomar á Lanzgraf y traerlo á Canastat, ciudad del estado de Viertinberg, para que cuando S. M. pasase de Ulma á Espira lo hallase en el camino y lo llevase en su córte. Habida esta órden, con toda la diligencia que pudo vino á Canastat con el Lanzgraf y entregándolo juntamente con su compañía, segun la órden que para ello tenia de S. M. á Alonso de Varagas, sargento mayor que habia sido del dicho tercio, se vino á Erlinge, y besando las manos al Emperador que venia de camino, pasó á Retelinga, en cuyos contornos estaban las compañías del dicho tercio, y metiéndolas todas en la misma ciudad las reformó conforme á la instruccion que de S. M. traia, y las reduxo de once banderas que eran, en cinco, que fueron la del mesmo Maestro de campo, la de Diego Velez de Mendoza, la de Gaspar de Mardones, la de Luis Velez, la de Antonio de Barrientos que se dió á su primo Luis de Barrientos; y despidió los demás capitanes que fueron Gonzalo de Ulloa, Luis de Barrientos el viejo, D. Juan de Urrias, don Tristan, Jacobo Puxol y Balcázar, y conforme á la dicha instruccion tomó del tercio de don Alvaro de Sande la compañía del capitán Pedro Dávila, que junta con las otras seria el número desta gente mil y docientos hombres, la cual hizo caminar la via de Tanabert, ciudad sobre el Danubio adonde se habia de embarcar para Viena, y él tomando la posta se fué á Espira, donde ya el Emperador habia llegado, y concluidas algunas cosas á su viaje necesarias, se tornó, y alcanzada la dicha gente, entró con ella en

Tanabert á 14 de Setiembre, y otro día siguiente dió la muestra á Iñigo de Peralta, contador de S. M., y pagóse la gente lo que hasta entonces se le debia, porque de allí adelante habia de ser pagada por la majestad del Rey de Romanos, yendo por contador desde tercio por mandado del Emperador Diego de Aguirre.

Cuando esta gente llegó, ya los comisarios del Rey de Romanos la estaban esperando con las barcas necesarias para conducirla á Viena; y así pagada que fué, á los 17 del dicho mes se embarcó, y por órden de Aldana el bagaje fué por tierra con 50 soldados en su guardia, los cuales llevaba á cargo el capitán de campaña N. Peralta. Con esta órden los unos por agua y los otros por tierra, comenzaron su camino la vuelta de Viena, donde el Rey con gran deseo, estaba esperando esta gente, que para ser tan poca era la más hermosa banda de soldados que S. M. tenia, sin la cual iban algunos soldados aventureros sin plazas para cuando las hobiese; y con buen tiempo que las hizo, sin algun contraste llegaron á vista de la dicha ciudad de Viena en trece días, donde á media legua desembarcaron y se alojaron en unos casares que allí habia, y luego Aldana fué á besar las manos al Rey, y S. M. quiso ver la gente en escuadron, y tornándose el dicho Aldana á ella la hizo poner en órden para otro día de mañana, y puesta se acercó con ella por unos prados adelante hácia Viena; y serian tres horas del día cuando S. M. salió á verla, delante del cual pasó en muy gentil ordenanza, y el arcabuceria le hizo una salva muy concertada, de que él y todos los de su córte recibieron gran contentamiento. Y vuelto el Rey, Aldana así mesmo se volvió con la gente á su alojamiento.

Al tiempo que esta gente llegó, habia llamado el Rey Córtes en una ciudad principal de Hungría llamada Pusonia, diez leguas de Viena, en los confines de la mesma Hungría y Moravia; y porque el plazo destas Córtes se iba acercando, mandó el Rey se embarcase la gente en la misma flota que habia venido, y caminase el rio abaxo hasta una tierra de Hungría llamada Rocandolfo, la cual está dos leguas de Pusonia, donde las dichas Córtes se habian de hacer, y que en ella y otras tres aldeas de su contorno se alojase. Aldana lo hizo así, pero antes de su partida trató con S. M. enviase en Italia á hacer otra compañía de españoles, para lo cual le

aseñaló un buen soldado llamado Luis Ordoñez, sobrino de Luis Pizaño, capitán del artillería del Emperador. Lo cual concluido, se partió con la gente, y llegado á Rocandolfo la alojó en la misma villa y sus aldeas, como el Rey lo había mandado, así por ser los mantenimientos más baratos como por que en las Cortes le hiciesen espaldas, que según las cosas andaban desvergonzadas en Hungría era menester todo recaudo, y aun era tanto el espanto que en Viena había, que se maravillaban de haber osado ir en Hungría los españoles siendo tan pocos y tenían por cierto no tardaría mucho la nueva de cómo los habían hecho á todos pedazos como entrasen un poco más adentro, á lo cual se persuadían por haber visto que el Rey había otras veces enviado gente y habían vuelto con las cabezas rotas y sin haber hecho efecto alguno.

Con todo esto, Aldana, entretanto que las Cortes se hacían y el tiempo de salir en campaña venía, procuraba reformar y poner en buena disciplina aquella gente para que los húngaros perdiesen la mala opinión y voluntad que contra ella tenían, á causa de algunos malos tratamientos que de la nación española otras veces habían recibido, debaxo el gobierno de otros maesos de campo, según que ellos decían y se quejaban; y también para que los mismos españoles pudiesen vivir quieta y pacíficamente entre sí. Y para estos dos efectos, ordenó que ninguno tomase de sus huéspedes cosa alguna sin pagar, y porque no tuviesen ocasión de tomarlo, hizo con el Rey que les pagasen mes por mes y les hiciese dar las provisiones á buenos y honestos precios; y en el tercio quitó cuadrillas que por algunas quisiones los soldados suelen hacer entre sí, y que ninguno tuviese muger particular en su casa sino fuese casado con ella, y que ninguno así mismo jugase con otro sobre palabra ni sobre otra prenda que de oro ni de plata, ni que tampoco los mercaderes diesen cosa fiada á ningún soldado, porque con esto se escusaban los gastos excesivos que los soldados hacían hallando quien les diese ropa fiada; y en esta disciplina los sostuvo todo el tiempo que él tuvo autoridad para los gobernar, que fué hasta la venida de Juan Bautista Gastaldo, con la cual disciplina los del reino perdieron poco á poco el mal concepto que hasta allí habían tenido de nuestra nación, y se holgaban de alojarlos en sus tierras y casas, porque esta-

ban ciertos no les habían de tomar nada de su hacienda, ni les habían de hacer agravio, y que si alguno se le hiciese con quejarse á su maeso de campo habían de ser desagraviados y castigados los agresores, y desto vieron largamente la experiencia.

Luego el Rey se partió á las dichas Cortes, á las cuales vinieron muchos señores del reino más acompañados de lo que para venir á Cortes se convenía, por lo cual no se presumía bien de sus ánimos y se creía fuesen reprimidos viendo la gente española. También vinieron otros algunos por ver los dichos españoles, por el ambición que con algunos dellos habían tomado en la guerra de Saxonía. A estas Cortes no vinieron los rebeldes, los cuales fueron llamados dándoles término de 40 días para que restituyesen lo que tenían usurpado, y se presentasen delante del Rey; donde no, los declaraba S. M. por rebeldes y traidores, publicando sus bienes y personas como de inobedientes á su Príncipe, y que quien quiera que los matase y hiciese todo mal y daño, recibiría favor y merced del Rey, todo conforme á las leyes y Estatutos de Hungría. Y esto así concluido, el Rey mandó á Aldana pasase el Danubio y fuese á alojar la gente en dos lugares de Hungría, llamado el uno Framarh y el otro Clive, que están entre tres castillos que el uno de los rebeldes tenía, los cuales se llamaban Lena, Xabrach y Citna, los cuales están en triángulo, ordenándole lo demás que había de hacer. Y con esto el Rey se partió á Viena y Aldana á su alojamiento para efectuar la orden que el Rey le había dado; y con él se juntó Obrestorff con 600 caballos húngaros, que en su lengua dicen uzaros, y 200 de pié, á que llaman ayduques ó aydones ó grabantes... el cual era maestre de campo general desde Austria hasta el río Tiscia. Y así pasaron el Danubio con grandísimos frios y hielos en principio de Hebrero del 49, los cuales fueron aquel año mayores que los pasados. Y llegados á los dichos lugares, las cuatro banderas se alojaron en Framarh, que era sujeta al castillo de Lena, y á legua y media dél, y el maestre de campo Aldana, con las tres y los húngaros se alojaron en Clive, á legua y media de Xabrach y á una de Citna, los otros dos castillos. Dende á pocos días llegó el capitán Luis Ordoñez con los 200 hombres que traía de Italia, todos muy buena gente.

Eran los rebeldes dos caballeros principales, llamado el uno Melchior Balax, y el otro Bajo Matías. El Melchior Balax tenia en empeño el castillo de Xabrach, muy fuerte, y un monte que se dice Atila, fortísimo, por 9.000 florines, y enviándoselos el Rey, y querindiese los castillos, no sólo no los rindió más los proveyó de gente y de lo demás que para defenderlos era necesario, habituallándolos lo mejor que pudo, haciendo lo mismo en el otro castillo dicho Lena, que siendo de un hijo de su mujer que hobo del primer marido, que se llamaba Griniel de Lena, se habia tambien alzado con él; y al tiempo que el Rey andaba envuelto con los bohemios, el dicho Melchior Balax hizo en aquel monte Atila, á la parte más inferior dél, un castillo que llamó Citna, al pié del cual monte están unas minas de oro y plata que le valen al Rey más de 200.000 ducados cada año, y hizo este castillo con intencion que si al Rey le fuera mal en lo de Bohemia y Saxonia de alzarse tambien con las dichas minas.

El Bajo Matías era pariente de un caballero llamado Tornay Joanes, que murió con el rey Ludovico en la batalla que hobo con el Turco; el cual, antes que se partiese con el Rey, dexó encomendado un castillo que tenia fortísimo y casi inespugnable, dicho Moran, á este Bajo Matías, y un hijo que tenia, para que si él muriese en la batalla, lo diese al dicho su hijo. El Bajo Matías, sabida la muerte del Tornay Joanes, sin guardar la fe que habia dado, se alzó con el castillo, y no lo quiso dar al hijo del Tornay Joanes, cuyo era, y lo proveyó de gente y de todo lo demás que para defenderlo y aún para ofenderlo era menester, favoreciéndose del Turco y de fray Jorge, gobernador de la Transilvania por el hijo del rey Joanes, bayboda que nosotros solemos decir.

Tambien se habia alzado otro señor llamado Francisco Bebec; pero éste, siendo enemigo del Bajo Matías, y viendo que no se podia valer con él, á causa de la fortaleza de Moran, y viendo que el Rey se determinaba á hacerles guerra, y que habia traído españoles, por se vengar de su enemigo se vino al Rey á pedir perdon, y ofreciéndose si le daba alguna gente que con la suya juntamente pornia cerco al dicho Bajo Matías. El Rey le perdonó y le dió alguna gente húngara, y así cuando despues Aldana fué sobre el dicho castillo, habia tres meses que le te-

nia tomados los pasos, que por ninguna parte el dicho Bajo Matías podia salir á hacer las correrías y robos que antes.

Ansímismo se habia alzado una señora principal, viuda, que se decia la señora de Galgoz, mujer que fué de un gran señor llamado Alexo Tursu; mas ésta, teniendo casada una hija con el Conde de Salma, capitan general del Rey, por medio del dicho Conde de Salma, se reduxo á la obediencia del Rey; de modo que quedaban solamente los dichos dos rebeldes arriba nombrados:

Para saber quién era este fraile y quien el Rey Joanes que tuvo á Transilvania, hacerlo he de la manera que yo fuí informado en aquellas partes de personas dignas de fé.

Habia en tiempo del rey Ludovico, con quien la reinã María, hermana de nuestro Emperador, estuvo casada, un caballero principal y rico en Hungría, llamado Joanes Sapolius ó Capolius, natural de Corvatia, á quien dicho rey Ludovico nombró Baiboda de Transilvania, que es oficio como Virrey, el cual muerto el rey Ludovico en la batalla que tuvo con el Turco cerca de Mohache, aprovechándose de las disensiones de los magnates sobre su sucesion, se alzó con el señorío de las tierras que gobernaba y aun con buena parte de Hungría; pero el rey Fernando, sucesor de Ludovico, lo echó fuera del territorio. El dicho rey Joanes se fué á amparar del Rey de Polonia, siendo tambien ayudado en sus pretensiones del Turco, á quien prometió vasallaje. Con estos auxilios, secundado tambien por los naturales del país, se apoderó de Transilvania, sobre cuyo dominio hubo despues ciertas capitulaciones entre él y el rey Fernando. Con el socorro que entonces enviaba, tomó el Turco la primera vez á Buda y la dió al mismo rey Joanes, y así la tuvo hasta que murió, que enviando el Rey de Romanos gente sobre ella, por pláticas que tenia con los de dentro que se le darian, el Turco envió así mesmo gente para defenderla y estando dentro el fraile el Turco se entró dentro y se apoderó la segunda vez de ella, diciendo que él la queria tener por el hijo del rey Joanes, con la cual se ha quedado hasta hoy. Algunos son da opinion que si el fraile quisiera, el Turco no se apoderara della; otros dicen que no pudo más y lo escusan. Murió el rey Joanes de 60 años; dejó al tiempo que murió un hijo de su mujer

Isabela, hija del Rey de Polonia; él de poco más de un año y ella de poco más de 20; y dexó por Gobernador del reino y curador de su hijo á fray Jorge, obispo de Varadino, dejándole encargado y en su testamento que si el Rey de Romanos diese á su hijo el estado que él tenia, antes que fuese bayboda que le fuese restituida Transilvania.

Era este fray Jorge tambien de Corvatia, de baja condicion: crióse en casa del rey Joanes que le favoreció y encumbró mucho. Cuando este murió él era el que mandaba en el reino y era atendido más que la Reina. Tratábase bien en cuanto al comer y en tener muchos y muy principales criados y muy arreada su casa, mucha y muy buena plata con que se servia, muy buenos caballos de pelea y otras cabalgaduras de camino y de carros y coches. Traia siempre en guarda de su persona 200 caballos y 200 hombres de pié, los ciento arcabuceros. En cuanto al trato de su persona en el vestir y cama era muy modesto. Traia su hábito blanco (de los hermitaños de San Pablo) y encima un zamarro ó aforro blanco; su cama comun, todo blanco tambien, sin otra curiosidad ni delicadeza. Era hombre alto de cuerpo, robusto y enxuto, más moreno que blanco, el rostro largo, la frente mediana, calvo y de pocos cabellos; los ojos azules y pequeños, la nariz aguileña, los dientes muy menudos y raros; tartamudeaba un poquito y algunas veces no se le parecia. Oía cada día misa y todos los domingos y fiestas sermon; pocas veces la decia. Era amado de los suyos y bien quisto de todos. Murió ó le mataron de más de 70 años. Tenia fama de gran tesoro, del cual decia Joan B. Gastaldo no se habia hallado más que diez mil escudos que traia consigo cuando le mataron, pero aunque él supo la verdad si los tenia ó no mejor que otro, en lo que él decia créalo quien lo quisiere creer, pero yo sé que tuvo 12 años el gobierno de aquel reino y cobraba sus rentas, que lo ordinario eran mas de 600.000 ducados sin los extraordinarios.

Entretanto que el plazo pasaba, Aldana no perdía tiempo en espiar lo que Melchior Balax hacia y cómo tenia proveidos sus castillos, y tambien enviándole á hablar para si le pudiera reducir al servicio del Rey, y aún él mismo quiso hablarle, y enviéndoselo á decir se concertaron; y Aldana tomando 200 soldados se vino con ellos al castillo de Xabrach, donde el

dicho Melchior Balax estaba, para verse con él, y dexando los dichos soldados en un montecillo á vista del castillo, el dicho Aldana solo baxó una cuesta abaxo hasta un molino, donde el Melchior Balax le estaba esperando, paseándose en un prado que se hacia junto al arroyo del molino; tambien solo con un paje que le tenia de rienda un caballo y la lanza y la tablachina, el cual como vió baxar al dicho Aldana cabalgando en su caballo, tomando su lanza y tablachina le salió á recibir, donde saludándose, tocadas las manos, Aldana le habló largamente; mas hallóle tan obstinado que por más exortaciones y buenos amonestamientos que le hizo, no pudo con él acabar cosa alguna, porque demandaba partidos muy desconvenientes; y así despedidos, no sin dolor que Aldana recibió de ver la ceguedad de aquel caballero, se volvió á su gente y de allí á su alojamiento.

Cumplíase el plazo que á estos rebeldes se dió dos dias despues que esto pasó; y así el mismo dia que se cumplió, que fué á 23 de Marzo, tuvo Aldana aviso cómo el monte y castillo de Citna estaba con solos 150 hombres de guardia, que para tan gran plaza era muy poca gente, y que el Balax habia enviado á decir al Bajo Matias le enviase 200 hombres para meter dentro y que habiéndoselos concedido venian ya de camino y que entrarian aquella noche á 3 ó á 4 horas de la noche. Lo que entendido por Aldana puso luego en órden 240 soldados y ordenó al capitan Luis Ordoñez que con ellos se fuese á poner al pié de la montaña en un lugar y paso estrecho por donde aquella gente habia de pasar, y les impidiese el paso ó si le pareciese y pudiese entrarse con ellos á las vueltas en el monte; y que si acaso no viniesen, que un hora antes del dia acometiese el monte para ver cómo estaba la guardia dél, y de lo que sucediese lo avisase luego, porque él quedaba con otros 300 hombres para le ir luego á socorrer si fuese necesario, porque no habia de allí al castillo que una legua.

El capitan se partió con esta órden á dos horas de noche, guiándolo un capitan de caballos húngaros llamado Coruato Noviz con algunos caballos; y llegando al dicho paso antes que el socorro viniese, la noche hizo tan oscura y tempestuosa de agua, truenos y relámpagos, que los nuestros, con grandísimo trabajo, la pasaron. Los enemigos, ó que supiesen haber salido de Clive

nuestra gente, ó que los impidiese la noche, no vinieron. Pues visto por el capitán Luis Ordóñez la tardanza de los enemigos, siendo pasadas las tres partes de la noche, se determinó de acometer el monte, el cual tiene de circuito una legua española, y es eminente sobre todas las montañas que están en su contorno, y la naturaleza la cerca por todas partes de unas rocas altísimas, excepto por donde se sube, y entra al dicho monte y castillo, que es un espacio de cincuenta pasos comunes, á la cual entrada hay una fuente de muy gentil agua, y tan abundante, que bastaría para proveer un gran ejército. En esta entrada se hacen dos caminos para subir á lo alto, harto áspero. Pues con esta determinación subieron por el uno destes caminos hasta el monte, con harto trabajo, cuya entrada estaba fortificada de un rastrillo de madera, que á estar los de adentro apercebidos, bastara á defenderlo á todo el mundo. Y cierto con razón tenían por cosa de burla decir que el monte Atila se había de tomar por fuerza, mas la tempestad de la noche dió lugar á que los nuestros no fuesen sentidos, y fué causa que los de dentro estuviesen más descuidados. Y así llegados al dicho rastrillo, acometieron las guardias con determinación y presteza increíble, los cuales, viéndose acometidos con tan grande ímpetu y furia y una cosa no pensada, fué tanta su turbación, que antes que se pudiesen poner á la defensa, los nuestros fueron con ellos á las manos en su fuerte, que con poca resistencia les habían ganado; y de tal manera los apretaron que, vueltas las espaldas, se fueron huyendo hácia el castillo. Los que dentro estaban, como sintieron la revuelta, recogieron los que primero llegaron huyendo; mas viendo que los nuestros les iban tan cerca en su alcance, alzaron la puente y cerraron la puerta, dexando fuera muchos de los suyos, los cuales, viéndose apretados de los nuestros, les pareció mejor partido saltar de aquellas peñas abaxo, que venir en sus manos; y como los nuestros llegasen en baxo del castillo, los de dentro les comenzaron á tirar con mosquetes y arcabuces, y mataron un soldado y hirieron cinco, y por no recibir más daño, viendo que tenían ganado el monte, que era lo principal y más importante, y que fuera del castillo no les quedaban enemigos, se retiraron á ciertas casas que allí cerca estaban, donde se recogían las guardias del monte, y

donde había herrazas y otros servicios necesarios al castillo; y enviaron luego aviso de todo esto á Aldana que estaba en Clive.

Grande fué el contentamiento con que Aldana recibió este aviso, por haber habido tan buen principio en cosa que se tenía por tan dificultosa, como á la verdad lo era; y luego, sin perder tiempo, se partió con 300 soldados y con el artillería de campaña que consigo traía, que eran dos medias culebrinas y cuatro falconetes, y llegado se comenzó á subir la dicha artillería, aunque con gran trabajo, hasta cerca de la entrada del monte, porque el camino principal que subía á lo alto lo señoreaba el castillo, y el otro era asperísimo y muy lleno de nieve; pero con todas estas dificultades los soldados se dieron tan buena maña, que el propio día, que fué domingo á los 24 de Marzo, la pusieron cerca de la entrada del monte, y esperóse la noche para meterla, á causa que el castillo descubría aquella parte, y si se metiera de día los nuestros recibieran gran daño. Venida la noche, Aldana hizo meter el artillería y plantarla á 80 pasos del castillo, y por no tener cestones se sirvió de botas llenas de tierra, y hechas las trincheras y reparos para donde los soldados pudiesen estar, se comenzó á batir el lunes siguiente, día de Nuestra Señora, y hallóse el muro tan grueso y fuerte que el artillería no era suficiente para batirlo, de lo que Aldana se hallaba mal contento; y buscando manera cómo se pudiese aprovechar de los enemigos, reconoció unas ventanas del mismo castillo que respondían á aquella parte y hizo batir los cantones dellas y deste modo comenzó á cortar el muro de suerte que si el día durara más, se hiciera entrada suficiente, aunque fueran menester escalas para subir, por quedar la batería algo alta. Venida la noche, Aldana no dexó reposar los enemigos, tocándoles muchas veces arma y juntamente hizo arrimar algunas mantas (1) y picar el muro por alguna parte, mas estaba el fundamento tan alto sobre el muro que no se pudo hacer efecto alguno, las cuales mantas fueron muy reñidas por más de una hora por se defender los de dentro valerosamente, y sobre ellas mataron seis soldados y hirieron algunos; y viendo el daño

(1) Tiene aquí esta palabra el significado genérico de máquina tectoria ó cubridora. Véase el *Diccionario militar etianológico* del Sr. Almirante.

que se recibía y que no se hacía efecto, Aldana hizo retirar las dichas mantas y los de dentro no quedaron sin cansancio y daño y mucho espanto de la determinación de los nuestros, y no osando esperar otro asalto se huyeron esa noche por la otra parte del castillo cuarenta hombres y el alcaide, y cincuenta que quedaban demandaron plática casi media hora antes del día, la cual Aldana le concedió, y que el alcaide pudiese seguramente salir á hablarle; y así salió con su cimitarra ceñida y un arco en la mano con tres flechas y un paje que le traía una escopeta de nueve palmos. Era hombre bien alto, de cuerpo enxuto y muy moreno, hecha la barba á la turquesca y él había sido turco y servido de jenizaro sobre Rodas y despues se había hecho cristiano en Transilvania y el Balax lo había traído. Y así como se vió con Aldana comenzó á tratar con él que le rindiera el castillo si le dexaba salir con toda la gente y armas con todo lo que en el castillo tenían. Aldana no le quiso conceder otra cosa sino que, sin armas solamente las personas libres y con la ropa que á costas pudiese sacar cada uno, pudiesen salir; y el mismo alcaide que pudiese salir con las armas que salió á la plática; y desta manera aceptando el partido se salieron y el castillo se entregó, en el cual puso Aldana á un soldado, llamado Pedro Montañés, que era su sargento, con cien hombres, hasta que el Rey enviase persona que lo guardase, al cual luego dió aviso de lo hecho. Halláronse dentro tres piezas de artillería pequeñas de campaña y muchos mosquetes y gran abundancia de municiones y vituallas. Murieron en esta empresa de los nuestros siete soldados y un artillero y unos 25 heridos. De los enemigos murieron la noche que se tomó el monte 40 hombres y en el castillo 10 y algunos heridos.

Fué esta empresa de grandísima importancia, por ser tenida por la más dificultosa, y por estar en su contorno las minas. Puesto este recaudo, Aldana se volvió á Clive á su alojamiento. El Balax, abandonado por el Turco, con quien mantenía tratos, al saber la pérdida de este castillo, acordó irse á socorrer de fray Jorge, gobernador de la Transilvania, á quien él había servido antes que al Rey de Romanos, y antes de su partida proveyó muy bien á Lena y á Xabrach, los dos castillos que le quedaban, y en Lena por ser en llano y estar más á la frontera,

puso todos los más caballos que pudo, que fueron 150, todos húngaros y gente noble, porque en Hungría antes se dexará un noble ó hidalgo cortar la cabeza, que servir de soldado á pié; y así no pueden creer que entre nuestra infantería haya ningun hidalgo. Dexó más 200 arcabuceros bohemios y 150 villanos para que siempre trabajasen en fortificar y en lo demás que fuese necesario en el castillo, y dexó, por capitán de la gente un caballero llamado Tomás Dazo, y por alcaide otro llamado Chicandras. En Xabrach, por ser el castillo fortísimo y de ménos plaza que Lena, y puesto entre montañas, no puso más de 50 caballos, gente noble, y 200 arcabuceros húngaros y bohemios, y por capitán, un caballero llamado Chinchimihal, y por alcaide otro llamado Nacoso Ferenze, y dexó todos los castillos muy bien prevenidos.

En este medio, por todas las vías posibles no dexaba Aldana de molestar los castillos, hasta que supo que el conde de Salma, camarero mayor del Rey y su capitán general, venía con algun número de gente de á caballo y las ocho piezas de artillería, que eran ocho cañones reforzados; y así como lo supo, tomó la compañía de Diego Velez de Mendoza y 200aiduques y los cien caballos de Corvato Noviz, y fuese con esta gente al castillo de Xabrach y púsola en el lugar más conveniente para cercar el castillo con los reparos y defensas necesarias; y por estar Diego Velez ausente, dexó con toda esta gente al sargento mayor de aquel tercio llamado Garci Ximenez de Helices, y él, volviéndose á su alojamiento, tomó las otras dos compañías y fuese á juntar con las cuatro que estaban en Framarch, y el mismo día, que fué lunes de la Semana Santa, llegó tambien el conde de Salma y estuvo hasta el juéves tratando con Aldana lo que en la expugnación de aquellos castillos se había de hacer y partióse á recibir el artillería que venía ya cerca; y Aldana el lunes de Pascua, 22 de Abril 1549, tomando toda la gente que estaba en Framarch, se fué á poner el cerco á Lena, cuya posición es tan ventajosa y tan defendida por el arte y la naturaleza que casi le hacia inexpugnable. Hallóse la fábrica tan fuerte, que en la expugnación de una de las torres y en romper un pedazo de lo alto del torreón, se gastaron 1.700 pelotas en siete días de batería, sin que se hiciese la suficiente para dar el asalto, por lo cual fué necesario enviar á

Viena, que estaba de allí veinticuatro leguas tudescas por más pelotas y municiones. Después de muchos trabajos y combates se tomó el castillo por asalto. Ahogáronse de los sitiados en el agua del foso casi cien hombres, y en el castillo se mataron 130, y en otro fuerte de los que huían, mataron otros 50. Todos los demás que quedaron, se prendieron y llevaron para trabajar en algunas fortalezas que el Rey hacia. Murieron de los nuestros 27, ocho antes de la batalla y 19 en la toma del castillo; heridos hubo casi 60. Fué razonable saco de dineros, ropas y caballos muy buenos.

Ganado este castillo de Lena, mandó el Conde de Solma, que hasta que el Rey proveyese, quedase dentro la compañía de Luis Barrientos, y envió dos la vuelta de Xabrach, que fueron la de Aldana y de Diego Velez de Mendoza, que ya era vuelto de Nápoles y se halló en este asalto, para que con la más gente que allá estaba, apretasen el cerco, entretanto que las cosas necesarias para partir allá se ponían en orden. Este castillo estaba situado en lugar asperísimo, con grandes defensas y buena guarnición; pero los nuestros hicieron sus trincheas en piedra viva, cosa que no maravilló poco á los enemigos, y plantada la artillería comenzaron á batirlo vigorosamente; y como se iban acercando á los sitiados cada hora sin podérselo defender, tomaron por partido darse como les pedían á merced del Rey, entregándose así el castillo sin derramar sangre.

Partió aquel pequeño ejército de Xabrach, después de puesta en él guarnición del Rey húngara, vispera de San Juan, y caminaron la vuelta de Morán, sin otra artillería que cuatro piezas de campaña que Aldana traía consigo, porque no llevaban esperanza, según la forma y disposición del castillo de poderlo tomar por batería ni asalto, y también por el aspereza de las montañas. Llegados al castillo de Morán, tuvieron una entrevista con el mismo Bajo Matías para ver de reducirle; pero halláronle tan soberbio, que no fué posible conseguirlo. Por otra parte, había grandes dificultades para acometer la empresa de rendir el castillo, y el Conde no sabía resolverse ni qué expediente se podía tomar, porque aunque estas dificultades cesaran, temíase mucho de otros inconvenientes, y eran que fray Jorge, el gobernador de Transilvania, pretendía que este Bajo Matías era sú-

dito del hijo del Rey Joanes que él tenía á su cargo, y envió á decirlo al Conde y á protestar contra ello, porque daba ocasión á romper las treguas que había entre el Rey de Romanos y el Rey, su señor, porque él no podía dejar de socorrer el castillo de Morán. También el baxá de Buda envió otro mensajero á requerir al Conde desistiese de aquella empresa, porque su señor tenía en protección los hijos y cosas del rey Joanes, y que no podía dexar de responder por ellos. Así mismo vino otra embaxada de parte de un tío del hijo del Rey Joanes, gran señor en Transilvania, llamado Pedro Viche.

Viendo Aldana que si cualquiera destes enviaba socorro era bastante á impedir la empresa, dixo al Conde: "Señor, V. S. haga con toda brevedad proveer de artillería para batir el castillo, que pues Dios nos ha ayudado en las otras empresas, también nos ayudará en esta por ser contra mayor tirano y más enemigo suyo; porque si algún socorro hubiese de venir, antes que llegue tengamos algo hecho, ó con ayuda de Dios, el todo, en el cual espero nos le dará en las manos; que cuanto á plantarle el artillería, yo lo tomo á mi cargo con mis españoles." Pusieron estas palabras mucho ánimo al Conde, y así prometió que dentro de quince días haría venir allí ocho cañones de batería con todas sus municiones y 500 gastadores, con todo lo demás que fuese necesario, sin que faltase cosa alguna. Con esta promesa, Aldana fué por la gente y la traxo, y alojóla con la demás que allí estaba en un valle al pié de la montaña sobre la cual estaba el castillo, el cual, por mucho que su sitio se quisiera describir como él era, no se podrá comprender con el entendimiento para ponerle admiración como con la vista.

Venida la artillería, Aldana comenzó á dar orden donde más daño pudiesen hacer á los enemigos y castillo, y por todas partes hallaba grandísimas dificultades, así para subirla como para plantarla, por la aspereza de las montañas; pero al fin colocóla lo mejor que pudo con los gastadores y soldados españoles, que sirvieron y trabajaron aquí lo que no se puede creer de noche y de día, y no sin peligro por los mosquetes y arcabuces que tiraban del castillo. También se hicieron con gran dificultad algunas trincheas que llegaron hasta el pié del mismo castillo. Así las cosas, comenzó á batir el castillo, haciendo á la vez Aldana de artillero y gastador.

de capitán y de soldado. Al cabo de siete días se acabaron las pelotas, y habiendo necesidad de ir por más á Viena, Aldana dijo al Conde que por aquello poco que estaba batido sería bien dar la batalla al castillo. El Conde le respondió que hiciese lo que le pareciese, que confiado de su buena fortuna y buen celo que en todo mostraba al servicio del Rey, su señor, esperaba en Dios se saldría con la empresa.

Aldana, vista la voluntad del Conde y que por mala puntería de los artilleros muchos tiros daban en las peñas y las pelotas volvían atrás y otras pasaban por lo alto del castillo, mandó echar bando entre los gastadores y villanos, que allí había, que á los que le trajesen pelotas les daría cuatro reales por cada una, y tantas trajeron que bastaron para tirar otros dos días; y porque los enemigos asimismo habían hecho una trinchea á fuera del castillo, envió dos soldados á reconocerla, el uno llamado Ochoa de Salazar y el otro Diego de Arévalo, los cuales para llegar al amanecer, comenzaron á subir después de media noche; y así como llegaron arremetieron á las guardias y el Ochoa de Salazar mató luego una de ellas y los demás huyeron, y como fueron descubiertos del castillo comenzaron á tirar. Y visto por algunos soldados de los nuestros, acudían para ayudarlos á retirar, y del castillo mataron algunos y en fin se retiraron; á los cuales dió el Conde 12 escudos por uno y cuatro de ventaja más cada mes, y Aldana les dió sendos vestidos de carmesí.

Concluido sábado en la noche que se diese la batalla al castillo, algunos capitanes había de contraria opinión que Aldana, pareciéndoles que más era temeridad que cosa de esfuerzo y discreción el querer dar batalla á un castillo de aquella manera, y así lo decían al Conde, el cual se tenía siempre al parecer de Aldana; el cual viendo lo que los capitanes habían dicho al Conde y que por otras partes lo murmuraban y daban causa á que los soldados estuviesen tibios y de mala voluntad, los exortó de manera que ya deseaban habérselas con los enemigos. Comenzó entonces á poner en orden la gente para subir la montaña, y andándola ordenando llegó á él Corvato Noviz, capitán de caballos húngaros con 40 gentileshombres á rogar á Aldana le permitiese con aquellos 40 compañeros fuesen á dar el asalto al castillo en compañía de los españoles, lo cual Aldana graciosa-

mente le concedió y se lo agradeció con palabras amorosas, y así lo metió con sus compañeros entre su compañía encargándoselos á su alférez, la cual con la de Diego Velez de Mendoza y la de Pedro Dávila y la de Luis Barrientos hizo que subiesen por la parte del esputon (1) y que tomasen unas peñas que estaban cerca dél. Ordenó así mismo que la gente húngara así de pie como de caballo al tiempo que los españoles arremetiesen al castillo, ellos tentasen á pie si podían subir en unas peñas que estaban á las espaldas del castillo hácia la parte que caía sobre el valle, y si viesen que había quien las guardase que las dexasen, porque solo un hombre que hubiera bastaba á defender que ninguno subiese; mas como ellos tenían este deriscadero ó precipicio por muy seguro, no curaron de guardarlo, sino acudir todos á la defensa del castillo; y así nuestros húngaros tuvieron lugar de ganarlo sin haber quien se lo impidiese.

Mandó ansimesmo que la compañía de Luis Velez y la de Juan de Ulloa Pereira, que había sucedido en ella á Gaspar de Mardones, que era ido á Nápoles por orden de la Majestad Cesárea, que tomasen otras peñas que estaban junto á la batería de la puerta. También cabe aquella parte por donde aquellas dos compañías habían de arremeter, estaban unas peñas asperísimas que por ser tales, tenía Aldana aviso que no las guardaban. Mandó al capitán Luis Ordoñez enviase allí á su sargento con 40 hombres que las tomase y que él con su compañía, después que todos estuviesen arriba, tomase el camino del esputon al largo del castillo y que no hiciese sino tirar á todas las defensas que tuviesen los enemigos por donde pudiesen perjudicar á nuestra gente.

Con esta orden, habiendo los españoles hecho lo que á sus conciencias convenía, el sábado en la noche á los 10 de Agosto de 1549, comenzó la gente, cada uno por la parte que le tocaba, á subir la cuesta arriba, no sin grandísimo trabajo y fatiga, y con todo ello ántes de amanecer cada uno estaba en su puesto. Venida la mañana del domingo, 11 del dicho mes, al salir del sol, habiéndose quedado el Conde con la caballería toda á punto en lo baxo y habiendo Aldana

(1) Sic, acaso por espolon, estribo ó contrafuerte.

reconocido todas las estancias de los soldados para ver si estaba cada uno como convenía, vuelto á donde su compañía estaba con las otras tres, hizo tocar una trompeta para señal de arremeter, la cual oída, con gran ánimo y determinacion y un ímpetu terrible arremeten los alférez con sus banderas acompañadas de sus soldados á las partes de las baterías, y arrimados al muro tentaban por todas partes de entrar.

ANTONIO RODRIGUEZ VILLA.

(Continuará.)

## LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES.

### DON JOSE DE CASTRO Y SERRANO

Yo no diré que el Sr. Castro y Serrano sea un gran novelista. No señor, no lo diré. Pero confiesen ustedes que despues de haber hablado del señor Perez Escrich tendria derecho á decirlo.

Al llegar á un villorrio de la Mancha ó de Castilla, sobre todo viniendo directamente de la corte, habrás observado lector, que las mujeres parecen záfias desgarbadas y hasta ridículas. Pues yo te juro que á permanecer algun tiempo en aquel pueblo, llegarías á juzgarlas con ménos severidad y aun presumo que no tardarías en poner los ojos dulces á alguna, teniéndola por tan airosa y gallarda como la dama más elegante que pasea sus gemelos de nácar por el ámbito del teatro Real. Mas supongamos que te haces carlista y vienes á Madrid con un buen empleo, y al cabo de algun tiempo te encuentras de manos á boca en la Carrera de San Jerónimo con tu manchega deidad. ¡Qué horror! Te pones colorado al pensar solamente que el amigo que va contigo llegue á saber que has compuesto unas octavas reales á aquel talle.

Perdona que me suceda algo parecido tratándose de novelistas. Despues de leer á Víctor Hugo, Dickens, Tourguenef, Galdós, y Manzoni, soy lo más impertinente y quisquilloso que jamás se ha visto: pero lo mismo es andar algunos dias entre Fernandez y Gonzalez, Perez Escrich y Tárrego, que ya se me ensanchan las tragade de un modo inverosímil.

O no sé lo que me digo ó acabo de prevenirles á ustedes contra los elogios que voy á tributar al señor Castro y Serrano.

Lo siento de todas veras, y si no llevase escritas ya muy cerca de dos cuartillas, es casi seguro que empezaria de nuevo esta semblanza.

No hay cosa que más repugnancia y desazon me cause que esa malhadada y nunca bien entendida division de las obras de arte en *realistas* é *idealistas*. No obstante, por espíritu de humildad evangélica y sin otro pensamiento que el de mortificar la carne, diré que el señor Castro y Serrano es un escritor realista.

Hay gente—á quien la palabra realismo le huele á hospital, á carbon y á taberna—que de aquí para adelante no ha de mirar más de buen ojo á nuestro novelista sólo por esto. Así como los naturalistas dividen el mundo que habitamos en reino orgánico y reino inorgánico, ellos lo dividen en verso y prosa. A la jurisdiccion del verso pertenecen las noches despejadas de luna, el primer beso que se dá á la novia, el canto del ruiseñor, los murmullos del rio, las mariposas, el aire, cuando no es muy fuerte, que toma entonces el nombre de céfiro, etc., etc. Entra en el recinto de la prosa toda la maquinaria industrial, el comercio por mayor y por menor, los presidios, los hospitales, las grandes ciudades, las estaciones de ferro-carriles, etc., etc.

Ahora bien, yo no creo en esta division. A mí se me figura que el verso y la prosa andan confundidos en este mundo lo mismo que en el Almanaque de la *Ilustracion Española y Americana*. El distinguirlos entre sí, no es tan fácil como á primera vista parece. Hay ocasiones en que dentro de un espacio tan reducido como el de este Almanaque, cuesta trabajo improbo el diferenciarlos, ¡qué no acontecerá tratándose del orbe entero! Para eso están los poetas; para eso y para hacer disparates cuando son ministros.

Quisiera ponerme muy sério, muy sério, y despues de ponerme tan sério como en España se necesita para ser algo de proaecho, diría á esos señores detractores del realismo como sigue.

La vida tiene toda ella un aspecto poético. Este aspecto poético, total ó parcialmente velado y desconocido para el comun de los hombres, es sólo visible en la mayoría de los casos para las almas privilegiadas. El que no sabe libar de las bajezas y miserias de este mundo la rica miel de la poesía, no se tenga por poeta, por más que le

encanten y deleiten hasta conmoverle la amenidad de los campos, la serenidad del cielo y los trinos de los pájaros, y haya escrito en su juventud algún artículo titulado «Impresiones.»

Introducid á Dante en los talleres de una fábrica, y allí, donde nadie sospecha que existe elemento alguno poético, es bien seguro que él lo encontrará. Véase sino como nuestro Campoamor lo ha encontrado en un *tren expreso*, Nuñez de Arce en los áridos y monotonos campos de Castilla (Idilio), Perez Galdós en la explotación de unas minas de calamina (*Marianela*).

Acercad mucho los ojos al cuadro de las *Meninas*, de Velazquez, y no percibireis otra cosa que manchones ó plastas de color. Si quereis admirar aquellos prodigiosos efectos de luz, es fuerza que os coloquéis á una distancia conveniente. Así el poeta busca en todos los momentos y situaciones de la vida la distancia para ver los objetos bajo la apariencia bella.

La llamada escuela realista ha padecido lamentable error traduciendo al arte, sin buscar previamente su punto de vista, muchos momentos de la vida indiferentes ó indignos. ¡Pero cuánto bien ha merecido por haber traspuesto la barrera en que los románticos lo tenían encerrado! Innumerables acciones y sentimientos humanos desdeñados por el romanticismo vinieron á reclamar el puesto á que tenían derecho, y aun aquellos otros, perseguidos sin trégua por los románticos, presentáronse desnudos de todo aparato absurdo y convencional. Derramáronse los blancos albornoces de los hombros de los gentiles caballeros y empezaron á sentir los afectos más tiernos debajo del forrado paletó. Las damas, que hasta ahora no habian comido ni bebido, sacaron la tripa de mal año en las novelas ó poemas realistas. Era ya tiempo. Las pastoras y zagales que tanto tiempo perdieron cogiendo florecitas, sonando el caramillo y mirándose en los arroyos, empuñaron el arado y la rueca que nunca debieron haber soltado. Despues de tanta holganza, todos vinieron perezosamente á sus tareas, y tuvimos la satisfaccion de verlos en poemas y novelas como si estuviesen en su casa.

¡Manchó sus alas el poeta por acercarse á la tierra? ¡Oh no! Yo he visto á *Eugenia Grandet* guardando terrones de azúcar á hurtadillas de su padre para endulzar el café de su amante, y no me pareció por eso menos bella. Yo he visto á *Peptta Jimenez* con su vestido corto de merino

y su pañolito de seda á la cabeza, y no me pareció menos amable é interesante. He visto sobre todo á *Margarita*, á la inocente niña de los cabellos rubios delante del torno de hilar moviéndolo con el pié al son melancólico de su canto, y jamás sacudió mi alma la poesía de los hombres con tal violencia. Antes de verla, grandes poetas que la humanidad justamente reverencia, me habian puesto delante de las más espléndidas bellezas, ideales y magnificas señoras ante cuya hermosura paséme absorto muchas horas. Mas siempre me infundieron tanto respeto, que aunque vivamente herido de la gloriosa luz que en torno suyo esparcian, en el fondo del corazón no las amaba. No se ama lo que está muy bajo ni lo que está muy alto. Cuando cayó en mis manos el libro de Gœthe y conocí á Margarita, no me postro de hinojes confesando mi bajeza como habia hecho con las otras, sino que me adelanté á saludarla con efusion como si fuese su amigo. ¡Qué temor puede inspirar la timidez! Entonces caí en la cuenta de que tambien en la vida de los que oimos á Perier en el Ateneo y tomamos chocolate á última hora en el establecimiento de doña Mariquita, puede existir mucha poesía. Margarita no vive entre las nubes, no es una vision, es nuestra hermana que canta cerca de nosotros mientras pone en órden los muebles de la habitacion; es la mujer que amamos, cuya aguja cruje sobre el bastidor como si se riera del rubor que la causan nuestras palabras. Margarita es poesía, pero es verdad.

Lo acabo de decir. El arte no es otra cosa en resumen que verdad y poesía. De un puñado de tierra se hace un brillante. Con un puñado de sentimientos se forma un poema. Todo se reduce á saber tallarlos. El poeta puede mover la cabeza sobre las flotantes nubes y bañarse en la radiante luz del sol, cuando para los demás mortales no aparece, pero es á condicion de que pise con un pié á lo menos esta pobre tierra, que con tanta paciencia nos soporta.

Mas ahora advierto que con la mayor frescura estoy coitando y rajando en asuntos estéticos, ni más ni menos que si yo fuese un orador del Ateneo. Bien se habrán reido ustedes de mi. Sin embargo no estoy arrepentido. El dia menos pensado les encajo una defensa del *idealismo*. Hace tiempo que me llamo discípulo fiel de aquella frase de Voltaire: «Todos los géneros son buenos menos el fastidioso.»

Una vez consignado que me despepito y alampo por el género realista, surge inmediatamente esta formidable pregunta. ¿Es el Sr. Castro y Serrano un realista como Dios manda?

Aquí me tienen ustedes rascándome la cabeza por detrás de la oreja, subiendo y bajando los hombros y ejecutando otra porción de muecas á cual más ridícula, como si no supiese qué contestar ó allá adentro me tuvieran agarrada la contestación con tenazas. En último resultado podría responder como el estudiante de marras: «por mí que lo sea.» ¿Pero así se declina una responsabilidad contraída? ¿De esta manera indecorosa se zafa uno de un compromiso sagrado por el mezquino interés de quedar bien con todos?

No en mis días. Por algo dijo un crítico que la crítica era un sacerdocio. En ese momento late dentro de mí el sacerdote con terrible pujanza, como laten siempre los sacerdotes, y si no me van á la mano voy á escribir una que sea sonada.

El señor Castro y Serrano pudiera ser mucho mejor novelista de lo que es. De esto no me cabe ninguna duda. Todavía más; creo que tampoco le cabe á él mismo. No se por qué se me antoja, que es el Sr. Castro y Serrano uno de esos hombres que saben que se debe escribir bien, y que si en su mano estuviera, aun á costa de cualquier sacrificio, escribiría admirablemente. Esto ya es algo. Todo hombre debe proponerse hacer bien aquello que tiene entre manos.

¡Y qué gusto me daría á mí el Sr. Castro y Serrano si consiguiese siempre su propósito! Apretar el entendimiento, privarse del paseo y otros recreos honestos, ganar muy pocos céntimos, gastar la tinta y la salud escribiendo cuartilla sobre cuartilla, y al fin de todo, contemplar que la obra no es un monumento literario. ¡Oh qué cosa tan triste es esta para el escritor! Crean Vds. que estuve tentado muchas veces á tirar la pluma y entrar con algun negocio de ferro-carri-les.

Pero volviendo al tema. ¿Qué mal me resultaría á mí de que Sr. Castro y Serrano escribiese tan bien como el Sr. Valera? Si cuando llegué á Madrid y por primera vez pisé las calles de esta corte

.....al rico aduladoras  
Como al pobre severas, desboçadas,

segun reza Tirso, me hubiesen mostrado al señor Castro y Serrano diciéndome: «ese caballero que

vá ahí es el Sr. Valera,» téngase por seguro que á la hora presente el Sr. Castro y Serrano sería para mí un eminente escritor.

Y para que se vea lo que son las aprensiones humanas; si al pasar el Sr. Valera por mi lado me hubiesen dicho, «ese es el Sr. Castro y Serrano,» es más que probable que no me causara ni la mitad de impresion esa nobleza que la comunica el culto fervoroso y constante del arte, y esa firmeza que la experiencia de la vida ha prestado á la fisonomía del señor Valera.

Más el Sr. Valera y el turrón de Jijona son dos cosas muy difíciles de contrahacer, y ni el mismo Sr. Castro y Serrano, que es hombre docto y de ingenio, sería capaz de ofrecernos un Valera sin descubrir al momento la hilaza de la falsificación. Porque si bien puede oponérsenos que la frialdad es una cualidad en que ambos ingenios parecen ajustarse, yo no puedo menos de revolverme contra tal especie. No negaré que en Valera reina de vez en cuando tanto fresco que le obliga á uno á levantar el cuello del gaban y á apretar un poco el paso, pero apenas si llega nunca á cuajar en él la nieve, mientras que el señor Castro y Serrano es un escritor de nieves perpétuas. ¡Al diablo quien pare allí!

Este es el secreto de por qué el Sr. Valera y mucho menos el Sr. Castro Serrano, no llegarán jamás á ser escritores populares. Pero como es un secreto, estimaré que no lo comuniquen ustedes á nadie.

¡Oh cómo ayuda á escribir este musculito hueco que brinca á todas horas en nuestro pecho! Entiende poco de sintaxis y menos de ortografía pero, créame el Sr. Castro y Serrano, es el medio mejor que se ha inventado hasta el día para entenderse con el pueblo soberano.

Todas las novelas del autor que nos sirve de tema padecen de lo mismo. Hay en ellas observación fina, mucho acierto en la exposición y aliño en el estilo; les falta calor y poesía. Por eso juzgué siempre que el Sr. Castro y Serrano no debía tomar otro papel que el de escritor de costumbres, el cual no hace más que describirlas sin darlas vida en la acción más ó menos complicada de una fábula. No hay que olvidarse de que el novelista es ante todo un poeta. Copiar fielmente la vida ordinaria de los hombres podrá ser en ocasiones obra meritoria pero no una obra romancesca. Es verdad que deseamos cono-

cer con empeño á veces los actos más insignificante ó indiferente, de la vida de un hombre pero es sólo cuando este hombre ha cumplido, está cumpliendo ó va á cumplir algo extraordinario é interesante. ¿Querrá decirme el Sr. Castro y Serrano qué tiene que partir con el arte la vida del tendero que habita debajo de su casa desde que abre el establecimiento y limpia el polvo del escaparate por la mañana, hasta que apaga el gas por la noche? Nada en mi pobre juicio, mientras no se aparte del vulgo de los tenderos, mientras no ponga de relieve de un modo genial y característico algún sentimiento humano ó tome parte activa ó pasiva en el curso de una acción dramática. No me cabe duda; el realismo del Sr. Castro y Serrano no es el verdadero realismo. Podrá ser el realismo de la vida, pero no es el realismo del arte. Aquí vendría muy bien poner una llamada y citar una docenita de autores alemanes, para que al Sr. Castro y Serrano no le quedase ninguna duda sobre este punto. ¿No es vergonzoso que no tenga ni uno disponible!

He leído con placer en otro tiempo una novela publicada por nuestro autor en la *Ilustración Española y Americana* que llevaba por título, *Juan de Sidonia*. Aunque excesivamente sencilla en su trama, siene mucho colorido y gran verdad y delicadeza en los sentimientos. Por *Juan de Sidonia* adelante, se puede llegar á ser un gran novelista.

Mas el Sr. Castro y Serrano muestra afición tan decida á reposar frecuentemente, que sospecho no ha de llegar jamás al término del viaje. Esta tendencia al reposo que se observa en el señor Castro y Serrano no acusa una constitucion muy sana; es señal de apoplegia. Adviértese con frecuencia que se detiene ante cualquier objeto, aun el más insignificante y despreciable, y se queda dormido describiéndolo. ¿Por qué para este novelista serán iguales un paraguas ó unos guantes á una mujer hermosa y ha de gastar la misma tinta en describirlos? No comprende que el tenernos quietos tanto tiempo ante cualquier cachivache nos ocasiona gran molestia. Yo creo que el Sr. Castro y Serrano lo hará con la mejor intencion del mundo, pero no parece más que lo hace adrede para aburrirnos. Si á esto se agrega —que se agrega casi siempre— un laberinto de reflexiones paradógicas brumosas, y ensortijadas con que el autor se cree en el caso de sazonar todas sus descripciones, hay que convenir que en

la brevedad es la primera de las virtudes teológicas.

El Sr. Castro y Serrano es un gran observador. Pero tambien lo es el Sr. Valera, y nunca se le ocurrió abusar de este don del cielo, gastando ó por mejor decir malbarantándolo en todos los sitios y en todos los momentos.

El Sr. Castro y Serrano es ingenioso. Pero tambien el Sr. Valera lo es, y no se obstina en estrujar y retorcer conceptos y vocablos para extraerles la gracia.

El Sr. Castro y Serrano es docto. Pero tambien lo es el Sr. Valera y no siente comezon por mostrarlo.

Segun la retórica, acabo de cometer nada ménos que tres *carientismos*. ¡Dios me lo perdone!

Por todo se podría pasar, no obstante, si el Sr. Castro y Serrano no fuese filósofo. Con esto declaro que no puedo transigir. ¿No es bastante que el Sr. Alarcon lo sea? Aquí en España la filosofía ya vá picando en historia, y se cuenta demasiado sobre la paciencia de los naturales. Por lo demás, justo es decir que el Sr. Castro y Serrano no es de los filósofos más cerriles, y si con fe se lo propusiera creo que pronto conseguiria dejar de serlo.

He dado á entender hace un instante por medio de una figura retórica que el Sr. Castro y Serrano solia introducir en sus novelas observaciones triviales, oscuras y desnudas de interés, y que asimismo no pocas veces alambicaba y retorcía los conceptos y las frases estéril é inoportunamente. Si no añadiese otra cosa á esta censura, cuando me fuese á la cama no me dejarían dormir los remordimientos. Apresúrome, por tanto, á manifestar, que siendo muy exacto lo anterior, no lo es ménos que este novelista sabe formular su pensamiento en consideraciones profundas, discretas é ingeniosas, como lo tiene probado en muchas páginas de sus libros; y que esparcidos por ellos se encuentran tambien frases sumamente felices y agudas. *Suum cuique tribuere*.

El Sr. Castro y Serrano tiene un estilo completamente propio. Ha salvado, pues, la barrera que separa al escritor del que no lo es. Sin embargo, con el estilo acontece lo que con todas las haciendas. Quién la tiene situada en un valle fértil y ameno, en las márgenes de un rio bullidor y cristalino, regalada por los céfiros, el azahar y los pájaros, quién se vé precisado á po-

seerla en Navalcarnero, entre el cielo y el trigo que se abrazan allá á lo léjos, lo ménos á catorce leguas. Pues bueno, si no me engaño, la finca del Sr. Castro y Serrano debe hallarse hácia Creta, muy cerca del famoso laberinto. Tiene bello y elegante aspecto como la morada de un opulento, pero no pocas veces remedando á Teseo he tenido que dejar el ovillo á la puerta y llevar bien cojido el hilo al internarme en sus crujías á fin de encontrar salida cuando la hubiese menester.

Este escritor trata á su estilo como á barra de plomo. Machaca por él hasta que lo convierte en lámina. No bastándole esto, sigue batiendo hasta que lo trasforma en papel. Y no satisfecho todavía continúa empuñando el mazo hasta que resulta un gas veintisiete veces más ligero que el aire. Por donde no pase el estilo del Sr. Castro y Serrano, crean ustedes que no pasa la punta de una aguja.

Que estire su estilo hasta romperlo por lo más delgado dentro del rádio de la ciudad, como puede observarse en sus *cuadros Contemporáneos*, no es pecado tan feo, pues al fin en la córte, desde los novelistas hasta los garbanzos, todo anda estimado. ¡Pero ponerse á sutilizar, como lo hace en *La novela del Egipto*, frente á la naturaleza, frente al mar, lo mismo que si estuviera delante de la sala de lo civil en pleito de mayor cuantía! Vamos que esto me parece.... Permítaseme que sobre ello haga pronóstico reservado.

En el estilo, nuestro novelista se atiene también demasiado á la simetría, no permitiendo que ningun símil ó parecido marche sin su correspondiente semejanza, esforzándose con empeño en rebuscar unos y otros de suerte que formen siempre una série. De tal esfuerzo resulta en el estilo un cierto paralelismo artificioso que nada tiene que ver con el de la Biblia.

En fin, creo que por mucho que en ello me fatigase, nunca recomendaría bastante al señor Castro y Serrano la naturalidad.

Y aquí daría remate á esta semblanza si no fuese que aun me resta por decir unas palabras. Hélas aquí.

Aunque el Sr. Castro y Serrano observe en ocasiones más de lo necesario, aunque reflexione y considere también más de lo justo, aunque sea muchas veces nebuloso y afectado en el estilo, aunque se dé aires de filósofo y se entregue sin piedad á las descripciones; por mucho que se esfuerze en ocultarlas, el Sr. Castro y Serrano tie-

ne bastantes cualidades para ser un novelista estimable y un excelente escritor de costumbres.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

## VOZ DEL PUEBLO...

parodia del drama en tres actos LA OPINION PÚBLICA,

(Conclusion.)

### ESCENA XIV

CRIADO solo.

(Al público con mucho misterio.)

Vá á salir un caballero que huye de la sociedad, y es preciso que la luz, peligrosa por demás, no le ofenda en la pupila, que está de los ojos mal.

(Apaga las luces que alumbran la escena y llama al despacho.)

Don Luis, pase usted adelante.

LUIS. (Dentro.)

Allá voy! Vete.

CRIADO.

Aquí está. (Mutis foro.)

### ESCENA XV

LUIS solo.

Siempre con la policía se acerca la adversidad...

Esta es una gran verdad que todo el mundo sabía.

Cuatro perdidos abajo, bullen y gritan sin calma, que quieren romper el alma al que los vuelve al trabajo.

De mi venganza no cedo:

caerá con furia, y aguardo

que suene más que el petardo

de casa de Manzanedo. (Pequeña pausa.)

Desde el punto en que nació

la caridad me amparó,

hombre, su mano me dió

una mujer hasta allí.

Fué su amor firme y sincero,

luego, para más ventura

nació Tom, una criatura

que vale cualquier dinero.

Hoy me protege el destino

y la ingratitud me engorda,

y ahora preparo la gorda

en la casa del vecino.  
No obraré como un señor,  
armando una pelotera;  
pero soy de una madera  
que no puede ser peor.  
Sociedad! Llámame á coro  
miserable, impenitente,  
haz que me niegue la gente  
la vergüenza y el decoro.  
Y qué? No soy el villano  
que vive en el lodo inmundo?  
no me llama todo el mundo  
el reptil, el hospiciano?  
Sí; soy hospiciano vil,  
soy un reptil, un villano,  
dále con el hospiciano

(Transición.) y dále con el reptil.

Por qué tiránica grey,  
despreciado y maldecido  
me has arrojado á un partido  
que está fuera de la ley?  
Qué me dió tu mano ingrata  
para alivio en mi aflicción?  
Un cirio en la procesion  
y un bombo en la serenata!  
De una torpe liviandad  
fui el engendro y la obra:  
yo soy el hueso que sobra  
del pavo de Navidad.  
Y pues me niega sus besos  
Matilde, voy á buscarla  
y contra el pecho estrecharla  
hasta que crujan sus huesos.  
Sociedad! hasta más ver;  
de tí se me importa un pito;  
á esa mujer necesito,  
y me llevo á esa mujer.

#### ESCENA XVI.

LUIS y MATILDE, por la puerta de su cuarto.—  
Continúa oscuro.

LUIS. Oigo pasos; atención.  
MAT. Quién es? Estoy en un tris.  
LUIS. Eres Matilde!  
MAT. Eres Luis!  
LOS DOS. Nos lo daba el corazón.  
MAT. Hay peligro, bien lo sé.  
LUIS. En eso no hay que pensar,  
porque me quiero explicar.  
MAT. Pues bien, explíquese usted.  
LUIS. Rindo á tus piés mi albedrío,  
mi amor en su punto está,  
yo voy á tí como va  
sorbido al mar... ese río.

La pasión crece gigante  
y no halla dique ni atajo  
por arriba y por abajo,  
por detrás ni por delante.  
Responde á mi frenesí  
con la más ciega pasión,  
ó arráncame el corazón  
ó yo te lo arranco á tí.  
(La coge la mano. Sale Gloria y se acerca poco  
á poco.)

MAT. Suelta!

LUIS. No por Belcebú!

LUIS. Juro que me has de querer.

MAT. Digo que no puede ser  
soy tu...

LUIS. Acaba.

MAT. Tururú. (Con fuerza.)  
(Se separa de Luis, echa á correr maquinal-  
mente, y Luis detrás tropieza con Gloria, y la  
abrazo.)

LUIS. No te vas, ser adorable

GLORIA. Que es esto, Virgen María!

LUIS. Ya eres mía, ya eres mía.  
(Baldomero por el despacho con un candelabro  
encendido.)

BALD. Como tuya! Miserable!

#### ESCENA XVII.

BALDOMERO, LUIS MALTILDE, GLORIA, ANGEL, VIR-  
TUDES, KETTY TOM y convidados.

GLORIA. Padre!

BALD. Abrazados los dos!  
antes te quisiera muerta.

VIR. La maledicencia acierta

ANG. Voz del pueblo, voz de Dios!

BALD. Esa tu esposa será.

LUIS. Yo no tengo inconveniente  
en casarme de repente.

KETTY. Mi marido! (Esta frase debe decirse con gran vigor)

TOM. Yes papá!

BAL. Casado, pillo, gandul!!! (Indignacion.)

ANG. Bravo! Que ruede la bola.

BAL. Venga un sable, una pistola,  
el cañon de Barba azul.

GLORIA. Hospiciano!

LUIS. Mal criada!

GLORIA. Ay!

MAT. La va usted á matar.

BAL. Salga usted, le voy á dar  
á volapié una estocada.

INSP. Usted no puede salir:  
es usted mi prisionero.

CONVID. Horror! (Se van precipitadamente.)

LUIS. (A Baldomero.) En el Saladero  
lo van á usted á recibir.

GLORIA. Yo acompaño á mi papá!  
 MAT. Vete bendita de Dios!  
 (Mutis de D. Baldomero y Gloria por el foro.)  
 LUIS. Otra vez aquí los dos:  
 con que Matilde, agua va.

### ESCENA XVIII.

MATILDE, LUIS y luego GLORIA.

MAT. Qué quieres, mónstruo, de mí?

LUIS. Una palabra de amor.

MAT. Quién delató á mi marido?

LUIS. Vaya una pregunta, yo.

MAT. ¿Por qué enamoraste á Gloria  
 teniendo un hijo menor?

LUIS. Pues para pasar el rato,  
 en alguna ocupacion.

Además, yo te amo á tí.

MAT. ¡Qué bárbaro! Cuánto amor,  
 ¿No ves que yo soy tu madre?

LUIS. No lo veo.

MAT. Mientes!

LUIS. No.

La teja á ver no llegué  
 que nos hubiera aplastado,  
 á mí por desvergonzado  
 y á tí por lo que yo sé.

MAT. Repito que soy tu madre

LUIS. ¡Hijo tuyo, maldicion!  
 Sobre el volcan en que estamos  
 abrazándonos los dos,  
 caiga el mar en chorro eterno,  
 que es muy poco voto á tal  
 toda el agua del canal  
 para apagar este infierno.

MAT. Me quiere más que á su alma  
 de una manera feroz.

LUIS. Si es verdad eso que dices,  
 dáme un beso sin pasion  
 en esta frente maldita  
 manchada por deshonor.  
 Despues, ya verás despues  
 al cementerio los dos.

MAT. No mereces que te bese.

LUIS. Pues reza el Yo pecador  
 porque te quedas aquí,  
 y despues me quedo yo.

MAT. (Echándose en brazos de Luis.)  
 Hijo de mis entretelas!  
 (Aparece Gloria y los ve abrazados.)

GLORIA. Aquí abrazados los dos,  
 el hombre que yo adoraba,  
 la madre que el sér me dió.  
 mi padre en el Saladero,  
 en la esquina el inspector  
 y don Angel pregonando

voz del cielo, voz de Dios!

Infames! Ay! Yo me muero!

Adios, madre! Ay! Se acabó. (Muere.)

MAT. Hija del alma! Contigo  
 al otro mundo me voy. (Muere)

(Entra Don Angel en el momento que Luis  
 toma dos pistolas; le dá una y se va con  
 la otra.)

LUIS. Mientras yo me pego un tiro  
 mate usté al apuntador.

ANGEL. Pero, qué ocurre, qué pasa?

Gloria, Matilde! (Tiro dentro.)

(Explosion.) Redios! (Cae sobre una butaca.)

### ESCENA FINAL.

LUIS y ANGEL; aquél por la primera derecha. Sale  
 LUIS como si estuviese herido en el pecho, y pre-  
 parándose á morir en escena.

LUIS. Me he muerto; pero no quiero  
 que se acabe la funcion  
 sin que se diga otra vez:

¡¡VOZ DEL PUEBLO, VOZ DE DIOS!!

JOSÉ DE FUENTES.—CONRADO SOLSONA.

## NOTAS DE VIAJE.

(Continuacion.)

## VENECIA

EL CANAL GRANDE.

En 1171 se apresta la República á vengar ultrajes del emperador griego Manuel, enviando al dux Vitale Michiel como jefe de una escuadra formidable con rumbo á Grecia.

Atemorizado el insidioso monarca pide la paz, explicando satisfactoriamente su conducta, hasta conseguir que la flota se retire á Scio, en cuyo puerto, sea por naturaleza, sea por crimen del enemigo que envenenó los pozos del agua, se declara una espantosa peste que acaba con los venecianos. Tantos sucumben, que el dux, por falta de tripulantes, mandá quemar las naves, volviendo sólo á la patria diez y siete de los ciento que salieron. La familia Giustinian, que formara parte de la expedicion, sucumbe también, con gran número de domésticos; pero la República, obtenido el consentimiento del Papa, llama al monge Nicolás Giustinian, que en el monasterio del Lido cumple sus votos, y le casa con la hija del dux, en la que tiene seis hijos. Satisfechos ambos esposos del cumplimiento de sus deberes en aras del bien

público, rompen de comun acuerdo el vínculo conyugal, tornando Nicolás á la soledad del claustro, y entrando su mujer en la regla de San Benito. ¡Admirable ejemplo de armonía entre lo material y lo espiritual en la conciencia de un asceta de elevada alcurnia!

Tanto como de su conservacion al principio, cuidó despues de su buen nombre, cubriendo con un velo negro el lugar destinado á Marino Faliero en la série de retratos que componen el friso de la sala del Gran Consejo, en el Palacio Ducal, por haber muerto aquel dux decapitado: desterrando á la abrázada doncella Blanca Cappello que huye del hogar paterno con su amante, y prohibiendo que se vistiera luto por su muerte, despues de casada con Francisco de Médicis, gran duque de Toscana: haciendo que el personaje llamado Moro, que sirvió á Shakespeare para su creacion de Otello, sea un negro (en italiano *moro*) cuando en realidad fué un noble veneciano, por no citar otros casos, hasta que, al fin, trabajada por las luchas entre las Casas viejas y las Casas nuevas de la aristocracia, que á mitad del siglo décimo quinto se iniciaron en la sucesion á la suprema gerarquía, vino el predominio de la nobleza flamante sobre la antigua, y posteriormente el cambio de pergaminos por escudos.

La magnífica morada de los dos Foscaris, cuyos infortunios pasan de la historia á la literatura, haciendo que el sentimiento de la compasion vibre pulsado por la enérgica mano de la tragedia, encierra en sus cámaras el eco de los sollozos de un padre, cuyo hijo marcha al destierro, alta la indómita cabeza sobre la que se ciernen iracundas amenazas de una familia enemiga, sedienta de vengarse. Sirve la inmediata, en cuyas ventanas se goza del riente aspecto que ambos brazos del Canal presentan en su mayor curvatura, de generoso hospedaje á los grandes que llegan á la encantada ciudad, desde que á fines del siglo xvi la República florece al influjo de una paz duradera, sin mezclarse en las guerras civiles de Francia, en las turbulencias religiosas de Alemania, y en las luchas entre España é Inglaterra, hasta que Napoleón I motiva espléndidas regatas celebradas en su honor al comienzo del siglo xix, convertida ya la fiera República en Principado de los Bonapartes.

Al llegar ante el palacio Mocenigo, fuerza es traspasar sus umbrales, amarrando la góndola á alguno de los enhiestos pilotos, pintados en retorcidas franjas de alegres colores, que se alzan al pié de la gradería. Allí componia Lord Byron los primeros cantos del poema *Don Juan*.

Penetremos en la estancia del poeta. Si las pa-

redes hablaran, nos contarían interesantes anécdotas acerca de la espontánea Margherita Cogni, y la fina condesa Guiccioli.

Los agrestes arrebatos de la primera, contrastan enérgicamente con las apasionadas delicadezas de la segunda. En el alma de Byron, como en todo lo incomensurable, cabian las grandezas de aquellas dos mujeres, pequeñas con relacion á la sublimidad del amante. Margarita representa la exacerbacion de una naturaleza potente, de un sentimentalismo original, vaciado en el hermoso cuerpo de la mujer del pueblo; la Guiccioli significa la pasion noble, atemperada por la cultura aristocrática: ambas, mal avenidas con el hombre que la sociedad les impusiera, sirviendo de intermediario el sagrado ministerio de la religion. Y, ¡cosa extraña! el dueño de Margarita padecía de tisis, el artesano se matizaba con los pálidos colores de una enfermedad romántica, distinguida; mientras el patricio transigia con su honra como un plebeyo, mediante el dinero del ofenser. Andaban trocados los papeles en aquellos singulares matrimonios que la siniestra aparicion de Byron descompuso para siempre, arrojando simpáticos destellos sobre las interesantes figuras de sus apasionadas víctimas.

El canto primero de *Don Juan* se comenzó á escribir en aquella estancia á primeros de Setiembre de 1818, concluyendo con Noviembre, mientras que el melancólico otoño entrüstecia la ciudad.

Al entrar nosotros en aquel recinto, el sol se hunde lentamente en la lejana laguna; los objetos desaparecen en la penumbra, luchando sus contornos contra la invasion de las negras sombras que se enseñorean del espacio.

Poco á poco en el fondo de la habitacion se inicia ténue claridad que alumbra débilmente la forma de un hombre. Se borra ésta, y se concreta otra nueva, á la cual sigue una tercera, y varias que en ordenada sucesion se nos aparecen. Sus cuerpos son la revelacion de un sér, y este sér es la imágen de una época. A veces, llevan tal sello de humanidad permanente, que representan un tipo eterno en el mundo, el tipo de D. Juan.

La primera figura es la imaginada por el inmortal Tirso de Molina. Estamos en un siglo creyente, supersticioso, que respeta los misterios inexcusables de la Providencia, armonizando por la fé la inexorable justicia con la inexhausta misericordia. *El burlador de Sevilla*, realidad basada en algunas circunstancias de un ilustre miembro de la familia de los Tenorios, dotado de ánimo sereno para afrontar el amedrantador aparato del mundo inmaterial con que se le quiere avasallar, se engrandece despues con el carácter de la ficcion. Es la intrepidez de la protesta contra el cie-

lo que se opone á la satisfaccion de sus depravados caprichos.

La audacia, el desenfreno, la impenitencia en carne y hueso. De varonil apostura, las gracias le hermocean, el vicio le recomienda, la impiedad le engrandece, y pasa á través de las edades personificando locas aspiraciones que el génio de los poetas naturaliza. La batalla entre el bien y el mal se resuelve en él á favor del mal, por intercesion del amor de la mujer sacrificada. Hasta lo divino se pone al lado de lo satánico para que triunfe. Así se agiganta, sin que los principios de orden social y de temor religioso hayan podido jamás minar el pedestal sobre que se yergue el coloso, cuya cabeza toca en el cielo.

Desvanecido el personaje de Tirso, se dibuja el *Libertino* de Shdvell, que muere pronto á impulsos de su horrorosa obscenidad, estremando la impureza de la carne, una sola entre las múltiples faces de esta soberbia creacion. Cede el puesto al fantaseado por la inventiva francesa. A oídos de Molière llega el estruendo que D. Juan produce, y le da carta de naturaleza para que castigue á los corifeos de aquella sociedad devota, chocando abiertamente con sus pequeñeces. El protagonista del *Convidado de Piedra* ha perdido su nativa monstruosidad; es un caballero ingenioso, pródigo, franco, que ama poco á muchas mujeres; que no rinde culto á Dios, y, sin embargo, cree en la humanidad, en cuyo nombre da limosna á los pobres.

Una encantadora melodía que conmueve todas las fibras del corazón, resuena acompañada de armónico torrente en la estancia, á tiempo que nueva aparicion surge en el fondo luminoso. Es la obra maestra de Mozart, rindiendo homenaje al extraordinario galanteador, perenne en el arte.

Apagadas las últimas notas musicales, se presenta el *Disoluto* de Goldoni, del ilustre abogado cuya vena cómica ha regocijado la sociedad francesa é italiana de todo un siglo. Vitalba es un D. Juan de ocasion, que sopla la novia (signorina Pazzalacqua) al enamorado Carino, pastor que representa á Goldoni. El rencoroso dramaturgo aprovecha el paso de D. Juan por el mundo literario, para satisfacer las reclamaciones del público, en una fábula puramente personal.

Dos confusas imágenes se observan, que tienen el aire de familia del héroe. Son el *Fausto* de Marlowe, cuya vida desordenada se refleja en el protagonista de su *Historia trágica*, y el *Fausto* de Goethe, que se asemeja un tanto al otro. Apenas desaparecen, se ofrece á nuestra vista el insigne *Lovelace*. El tipo de Richardson es un Tenorio vestido á la inglesa, desfigurado por el clima, por el humorismo británico, pero que sus-

tancialmente se iguala al primitivo; audaz, escéptico, duelista, libertino, lleno de refinado egoismo, y amable por el brio, la gracia y el ingenio.

El Don Juan que más fuertemente se destaca en el nimbo es el de Byron. En esta habitacion se oyeron sus vagidos. La musa del lord es por esencia sarcástica. Lo que en Childe Harold se dice de Rousseau es aplicable al poeta. Supo dar tal encanto á la demencia, que su brillante y celestial estilo arrancaba lágrimas por el criminal.

Don Juan se revuelve contra la meticulosa hipocresia de la sociedad inglesa, haciendo blanco de sus profundas observaciones, de sus ocurrentes salidas, la infidelidad femenina, el deshonor de los hombres, y la locura de los buenos que buscan la virtud en los demás, cultivándola por cuenta propia para un mundo que es indigno de ella. Conoce y penetra los recónditos resortes del humano corazón; defendiendo todas las causas en todos los tonos á merced de las varias trasformaciones que su entidad sufre. Aventurero en los últimos períodos de su existencia, jamás permite el triunfo del pesimismo prosáico, porque derrama tesoros de conmovedora poesía sobre los azares de su conducta desatentada.

Junto á esta arrogante personificacion, decae el *Marana* de Dumas, que á seguida vemos, bajo el aparato de religiosa fantasmagoría que le rodea; sucediéndole el *Marana* de Balzac, cuya indecente impiedad se burla entre los resplandores del altar del fanatismo de las gentes crédulas.

Como Byron, de Musset y Espronceda representan una generacion que al escepticismo en materias religiosas une altísimas ideas caballescadas, inspiradas por la tendencia romántica, la más extraña de las figuras que se perciben después del amable escéptico byroniano, es el *Estudiante de Salamanca*, quien rinde párias al universal dominio de la Iglesia, cuya sepulcral hermosura le atrae, á pesar de que blasfema contra Dios.

La última que nos seduce con sus poéticos contornos es el D. Juan de seráfica hermosura, el más opulento de la tierra, que pierde su belleza, su génio y su gloria por una soñada mujer que no existe, por esa aspiracion infinita que jamás logra ver realizada en la interminable série de amoríos, nobles é infames, que esmaltan su vida turbulenta. Es el magnífico personaje que la musa de Alfredo de Musset encarna en el inmortal canto segundo de *Namouna*.

.....  
La mágica luz ha desaparecido en la estancia del palacio Mocénigo. Tras las sombras de la noche viene la claridad durna, y volvemos á la gón-

dola que continúa marchando á impulsos de los remeros.

La complicada fábrica de maderas que constituía el puente de Rialto, situado en la parte más antigua de la ciudad para unir las dos partes en que el canal la divide, desaparece en el último tercio del siglo XVI, ante la grandiosa fábrica de piedra que estriba en doce millares de pilotes. Bajo el extenso arco pasa nuestra embarcación, sintiéndose encima de nuestras cabezas el bullicio que transita por las tres vías de que consta el puente, paralelas á dos órdenes de tiendas laterales que en forma de arcos componen las fachadas de éste.

Un sentimiento de piedad nos asalta á la vista del palacio de la infortunada Catalina Cornaro, reina de Chipre. En 1488, amenazada la isla por enemigos externos é internos, víctima la animosa soberana de las maquinaciones de los suyos, torna Catalina á Venecia, despues de haberse alzado el estandarte de San Márcos en aquellos dominios de que se posesionó la República con solemnes ceremonias.

Bien pronto llama nuestra atención un espectáculo halagüeño. Del gran balcon central de bello edificio, ornado con elegantes ojivas cuyos rosetones de pintados vidrios transmiten al interior en multicolores rayos la intensa luz de fuera, parten alegres carcajadas que estallan en frescas bocas. Marieta del Oro, Clara, Margarita Pocofila con otras compañeras, caprichosamente vestidas, y semi-ocultas por toldos de claras telas en que se quebranta la fuerza del sol, se entregan á devaneos propios de sus años y carácter, quizá burlándose de cuanto ven sus lindos ojos, quizá moviendo los rasgos sentimentales que alguna vez aparecen fugaces en el curso de sus insensatas conversaciones.

Gran número de góndolas atracan á la gradeña del edificio, cuya escalera interior tiene los peldaños usados por el incesante subir y bajar de abigarrado gentío. Turcos, judíos, indianos, franceses, alemanes, españoles é italianos, en cuanto al origen; soldados, estudiantes, frailes, letrados, caballeros, príncipes, en cuanto á la profesion, componen la muchedumbre.

Aquellas son jóvenes puestas al servicio de un hombre famoso por la procacidad del talento como por la licencia de las costumbres. Estos son admiradores ó clientes suyos, de ese extraordinario producto de la cultura italiana llamada el Secretario del Mundo, por sus servicios á los vasallos; el azote de los príncipes, por sus diatribas contra los reyes; el primer periodista del siglo décimo sexto, por ser como el prototipo de la

prensa periódica; en una palabra, el divino Meser Pietro Aretino, á quien los poderosos regalan, los emperadores pensionan y brindan amistad, y los Papas quieren investir con la púrpura cardenalicia.

En espaciosa cámara, profusamente decorada con presentes que de todas partes afluyen, recibe Meser Pietro las consultas, ofrendas y adulaciones del público.

De costosos brocados y sedas son los trajes que gasta, de oro macizo la pesada cadena que del cuello le cae sobre el pecho. La mefistofélica cabeza, representada con aditamentos córneos en los relieves que enriquecen la puerta de la sacristía en la Basílica de San Márcos, es la forma más gráfica de su esencia y naturaleza.

A los diez años se burlaba ya públicamente de las cosas religiosas. Parece como que todas las infamias se habian aunado para echarle al mundo. Nace bastardo en un hospital, y sus hermanas escandalizan en un lupanar. Su lengua no conoce rival en maledicencia. Su cinismo es épico, si cabe grandeza en el cinismo. "No he querido casarme, dice, porque el día en que nací me dieron por consorte la Virtud, de cuyo enlace tengo la prele que todo el mundo sabe." Y parece, tambien, que todas las noblezas se aunan para elevarle. Confiesa que no la tiene, pero que pueda darla, porque su alma es de rey. Quieren hacerle caballero, y lo rehusa, así como el legitimar á sus hijas, porque bastante ilustres son con venir de tal padre. Con su busto, con el de éstas y de las queridas que en casa sustenta; llamadas las aretinas, corren medallas que los grandes señores poseen. Cardénales y duques dotan á sus parientas solteras para que se casen ventajosamente. El mundo entero se complace en convertir un mónstruo en ídolo.

La pluma del Aretino es la vara mágica que hace surgir tesoros pronto desvanecidos. Con un cuaderno de papel y un frasco de tinta se agencia millares de escudos, derrochados para satisfacer las exigencias de su vida fastuosa, que el vicio desenfrenado degrada. Su estilo hiperbólico, abundante en calificativos, rebosa ingenio libre de trabas. La desfachatez suple la falta de ciencia, pues la poca que sabe fué aprendida en los libros que de niño encuadernaba en Arezzo. Semejantes escritos le alcanzan universal reputación, al par que suscitan enconados ódios que dirigen más de una vez el puñal contra su pecho. Por ellos pasa á la historia, que no por los religiosos y cómicos, el hombre original á cuya muerte preside un paralelismo con la vida, que hace pensar en los castigos providenciales. El Aretino muere de la risa que le produce un relato obsceno. La convulsión le hace

caer, chocando contra un mueble que le hiere la cabeza. Y sus contemporáneos condensan en el siguiente epitafio los innumerables latinos é italianos que inspirara:

«*Qui giace l' Aretin, poeta tosco,  
che disse mal d'ognun, fuorché di Dio,  
Scusandosi col dir: non lo conosco.*»

Abandonamos este lugar, transitando por el palacio del desventurado Antonio Foscari, muerto ignominiosamente en 1622 por suspicacias del gobierno de la Serma. República, y rehabilitada al año su memoria con noble pero tardío decreto del temible Consejo de los Diez.

Más adelante miramos el suntuoso depósito para las mercancías de los turcos, con columnas de cieniente mármol oriental, donde moró el sublime loco Torcuato Tasso; y poco á poco llegamos en artístico arrobo hasta el puente de hierro que nace en la estación, á donde va á morir el curso de la ligera góndola, llamándonos á la realidad de la vida las arquitectónicas construcciones férreas de la actual civilización.

#### EL LIDO.

A diversas distancias, y de variadas formas y dimensiones, surgen al rededor de Venecia un coro de islas que, al igual de las demás cosas de este mundo, han venido sufriendo desde su aparición los efectos de la inflexible ley de la inestabilidad. Algunas permanecen sumergidas en el fondo de las aguas, sobre cuya superficie vivieron primero, encanto de la quieta laguna, raramente encrespada. Otras subsisten aun, conservando venerables ruínas de monumentos civiles y religiosos que atestiguan su primitiva importancia. Las casas de refugio para los peregrinos que tornaban de Tierra Santa, los conventos y monasterios en ellas construidos de antiguo, se trocaron en manicomios y lazaretos. Las basílicas silenciosas, á medio dormir, ostentan artísticos tesoros que el viajero admira. Los miles de habitantes que componian las pasadas generaciones quedan reducidos á escasos centenares de modestos agricultores ó marinos que se dedican á la pesca. A los emigrantes guerreros de Chioggia han sucedido los tranquilos naturales de pintorescos trajes y dialecto original. No parte ya de Murano la espléndida cascada de cristales coloreados en que centelleaba el oro llevando á Europa, Asia y Africa los primores de su fantástica industria.

No se fabrican en Burano los costosos encajes que sirvieran de marco á las delicadas formas de las damas aristocráticas. Cercan las derrumbadas torrecillas de Torcello, que en otro tiempo presi-

dian extenso caserío, pobres cuadros de hortalizas que sirven de sustento á miseros aldeanos. Solamente permanece en San Lázaro la congregacion de benedictinos mecharistas, dedicados al estudio de la historia y lengüística orientales, dueños de una rica biblioteca, de un museo de antigüedades y de una tipografía poliglota, que los sábios admiran.

Donde más se manifiesta el movimiento de la vida es en el Lido, situado al Este de la ciudad. Compónese esta isla de una larga tira de terreno arenoso, cuya longitud recorren los aficionados á la equitación, no pudiendo satisfacer su deseo en el casco veneciano, por imposibilidad material.

Al Lido arribaba la pomposa nave destinada á las ceremonias de la República, llamada Bucen-tauro, para que el dux celebrara anualmente el día de la Ascension la fiesta de los *esponsales del Mar*.

Como los narentanos ó eslavos-croatas se dieron á piratear por las costas y Archipiélago dálmatas, el dux Pedro Orseolo II, hijo de Orseolo el Santo, partió en ayuda á las ciudades de la Dalmacia, con una flota, á cuya nave capitana subió el día de la Ascension el año 993. Triunfante despues de luchas encarnizadas, y arrasada hasta los cimientos la isla de Lagosta, que servia de guarida á los piratas por sus fortificaciones naturales y artificiales, tenidas por inexpugnables, volvió el dux á Venecia, despues de recibir nuevas protestas de adhesion de los pueblos de la Dalmacia é Istria.

En conmemoracion de tan brillante victoria, que reportó grandes beneficios al comercio y gobernacion de la República, se instituyó la fiesta llamada posteriormente de los Esponsales del Mar, que con el trascurso de los años fué celebrándose con creciente aparato. Al principio, subia por la mañana el clero á una barca cubierta con un paño dorado, llevando un vaso de agua y otro con sal para consagrarla. Despues se dirigia á la iglesia de San Nicolás, á cuyo punto llegaba la nave del dux. Cantadas las letanías, decia el obispo en alta voz: "Dignos, Señor, hacer que este mar permanezca tranquilo para seguridad nuestra y de los demás navegantes." En seguida bendecia el agua é hisopeaba al dux y á los circunstantes, arrojando al agua el remanente.

En 1177, con ocasion de hallarse en Venecia el emperador Barbarroja y el Papa Alejandro III, para acordar una tregua de seis años á las ciudades de la Liga Lombarda, que acaban de triunfar en Legnano, se celebró la fiesta con mayor pompa. El Papa presentó al dux un anillo, diciéndole: "Recibe, dux, este anillo como una cadena para sujetar el mar al dominio veneciano. Con él le desposarás, para que los venideros sepan cómo las

armas venecianas han logrado el imperio de las ondas, y cómo el mar les está sujeto, á semejanza de la esposa sujeta al esposo." Entónces, y posteriormente, siguió verificándose; el duz marchó en el *Bucentauró* hácia la boca del puerto del Lido, el patriarca bendijo el anillo, y el dux se echó al agua, diciendo: "Mar, Nos te desposamos de verdadero y perpétuo dominio."

Hoy la isla es risueña mansión, embellecida por jardines y bosquecillos; animada con el tránsito de pedestres, caballos con sus ginetes, y carruajes que la atravisan en sentido latitudinal, desde los embarcaderos hasta los baños, multitud de cafés y fondas brindan reposo y sustancias restaurantes de las perdidas fuerzas. Desde sus principales puntos de vista, se mira al frente entre el nacarado cielo y las aguas que de sus reflejos se tiñen, la bella ciudad, como verse pudiera entre las conchas de la madre perla el tesoro que guardan: mientras que al lado opuesto se pierde la contemplación en el profundo azul del Adriático.

Nada tan placentero como el trascurso de un día de verano en estos parajes. Cada cuarto de hora salen pequeños vapores de dos distintas empresas, con embarcaderos situados en el muelle *degli Schiavoni*. El estridente pito llama á los viajeros tardíos. La chimenea del vapor fatiga con su anhelante resuello. La tripulación manobra. Se oye á los vendedores de periódicos matinales pregonar su mercancía. Van saltando sobre cubierta ágiles caballeros que dan la mano á damas medrosas; ellos vestidos según requieren la poco ceremoniosa estación y la hora temprana, ellas envueltas en ligeras batas, superficialmente tocado el cabello, fresca la cara, y desvaneciéndose en los traicioneros ojos que la luz aviva los últimos sopores del sueño que aún velan la limpidez de la mirada. La brisa impalpable roza con alas aéreas los rostros. Los conocidos se saludan, los desconocidos se curiosean.

F. MOJA Y BOLIVAR.

*Continuarán.*

## TEATROS.

Además de las obras nuevas que ya hemos dicho, se preparan por la activa empresa del teatro Español, se han puesto en estudio, una del señor Herranz titulada *El alma y el cuerpo*, y otra, de procedencia desconocida hasta ahora, cuyo título es *Amor y honra*.

También se habla, con referencia á este coliseo,

de un drama titulado *Luchar á vida y á muerte*, en el que se espera que obtengan un importante triunfo la Srta. Mendoza Tenorio y el Sr. Calvo D. Rafael), á quienes encomienda su autor los principales papeles.

\*  
\* \*

El jueves hicieron su presentación en el teatro de la Comedia los siete hermanos campanólogos. El numeroso público que llenaba todas las localidades, aplaudió á estos jóvenes artistas en todas las piezas de música que ejecutaron. Creemos que han de proporcionar buenas entradas.

\*  
\* \*

En el teatro Eslava se ha estrenado recientemente una comedia titulada *La Brigadiera*.

Y no tardarán en sucederle otras nuevas, entre las cuales figuran las de los siguientes títulos: *Infierno y Gloria*, *Ganar la plaza*, *La vecina de enfrente* y *Acusar las cuarenta*.

## BIBLIOGRAFIA.

*Africa.*—*Fragments de un diario de viajes de exploracion en la zona de Corisco*, por D. Manuel Iradier Bulfy.—Un folleto en 4.º de 92 páginas. Madrid, 1878. Imprenta de Fortanet.

\*  
\* \*

*Guia judicial de España para el año de 1879*; obra indispensable para todos los funcionarios públicos, y especialmente para los magistrados, fiscales, relatores, jueces de primera instancia, promotores, registradores, jueces, fiscales y secretarios municipales, abogados, cónsules, notarios, escribanos, procuradores, agentes de negocios, de Bolsa, y de Comercio, sociedades, corporaciones y particulares que tengan asuntos pendientes en los tribunales ó en cualquiera dependencia del Estado.

Constará de cuatro partes, precedidas de un *calendario*, y se publicará para el 1.º de Enero próximo, á los siguientes precios:

En rústica.....	3 Pesetas.
Encartonada.....	4 "
En tela á la inglesa.....	5 "

Administracion, Flora, 4, bajo.